

CRISTIANIDAD

AÑO SANTO DE 1950



EL MUNDO CRISTIANO EN UNA ENCRUCIJADA
¿SERA BALDIA LA PALABRA DE DIOS?

**AL REINO DE CRISTO
POR LA DEVOCION
A SU SAGRADO CORAZON**

DOCUMENTOS PONTIFICIOS



**PUBLICACIONES
CRISTIANDAD
1949**

Texto íntegro de las Encíclicas de
**LEÓN XIII: ANNUM SACRUM
TAMETSI FUTURA**
**PÍO XI: UBI ARCANO
QUAS PRIMAS
MISERENTISSIMUS REDEMPTOR**
PÍO XII: SUMMI PONTIFICATUS

**Prólogo, introducciones y notas, originales
del P. H. Marín, S. I.**

PRECIO: 30 Ptas.

Edición latino - castellana

PRECIO: 45 Ptas.

EN PRENSA: « Sor María del Divino Corazón »

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.
Semestral . 50'00 "
Trimestral . 25'00 "



Número ordinario . . . 5 ptas.
Encuadernar 25 »
Tomo encuadernado . 125 »

La Inquisición

J. M. Orti y Lara

**Precio especial para nuestros suscriptores
10 pesetas**

Historia de las sociedades secretas

en 3 tomos

Vicente de la Fuente

**Precio especial para nuestros suscriptores
45 pesetas los 3 tomos**

Pídalos en nuestra Administración

LECTOR:

*Varios padres misioneros españoles,
que en las lejanas tierras de la India
han conocido nuestra Revista, son
grandes entusiastas de CRISTIANDAD
¿Quieres costear su suscripción?*

**Telefonea al n.º 22446 y se te dará el nombre
de tu favorecido**

Nuevo lábaro de lucha y de victoria

«Debe llevarse a los fieles—se nos dice desde Roma al orientar la proclamación de la Cruzada de oración y penitencia (1)—a adquirir conciencia de la extrema gravedad de la hora presente y a comprender, al propio tiempo, la responsabilidad que tienen contraída ante Dios, así por lo que respecta a ellos mismos como a los demás hombres de nuestra época.

»¡Es por consiguiente de la máxima importancia que los fieles se hagan cargo de lo que exigen las calamidades de la hora presente, y de lo que reclaman de ellos!

»Será difícil que la «Cruzada» alcance un efecto profundo y duradero si los fieles no caen en la cuenta de ello.»

Es pues necesario que sintamos la gravedad extraordinaria de nuestro tiempo, si queremos estar en disposición de comprender y seguir el llamamiento del Vicario de Cristo. Pero esto no debe llevarnos a la desesperación o al pesimismo. No nos sería tampoco lícito. «Si a algo conviene tener miedo es al miedo mismo» dijo Pío XII. Si en aquella conciencia de la realidad que es condición de todo esfuerzo serio debe arraigarse el espíritu de cruzada que se nos exige a los cristianos de hoy, debemos obtener la fuerza y el valor necesario para asumir la grave responsabilidad que pesa sobre nosotros en un sólido optimismo sobrenatural.

Por esto se nos dice también:

«Es preciso proponer a los fieles el Reinado al amor de Cristo.

»Cuyo advenimiento puede ser acelerado con nuestras oraciones y reparaciones lo mismo que con nuestra acción y apostolado.

»La devoción al Sagrado Corazón — el remedio extraordinario que Dios y la Iglesia nos dan para estos tiempos extraordinarios — debe proponerse, en efecto no tan sólo como una devoción de penitencia, sino de íntima confianza y esperanza»

Conciencia de la realidad, confianza sobrenatural en el amor misericordioso del Corazón de Jesús. De estos principios debe sacar su Fuerza la actual movilización del espíritu cristiano de lucha.

* * *

Si no sentimos la trascendencia del momento en que vivimos, mientras estamos en una situación «capaz de llenar de angustia y pavor a cuantos reflexionan sobre la futura suerte del mundo» (2) es tal vez porque no nos creemos tampoco llamados a reflexionar sobre ella. No dirigimos nuestra atención a los problemas universales porque no nos sentimos tampoco responsables de su solución.

Por lo mismo no es con vano formulismo que el Papa nos llama (3) «como a una guerra santa» de la cual «a nadie le es lícito» desentenderse. El espíritu con que la Iglesia proclamaba las Cruzadas de siglos pretéritos nos sirve de ejemplo del entusiasmo por el bien universal de la Cristiandad que suponía en el pueblo cristiano y en que se apoyaba para llamarle a la lucha. Porque las Cruzadas no decayeron por disminución de los hábitos e ideales belicosos, sino por la desintegración de la sociedad cristiana y la secularización de la vida pública.

Para que se produzca este urgente despertar de espíritu de Cruzada sobrenatural, de Cruzada de oración y penitencia, «es preciso proponer a los fieles el Reinado del amor de Cristo», es de vital actualidad la idea de Cristo Rey.

Porque si en edades pretéritas el fracaso de algunas empresas de Cruzada se debía a que los príncipes cristianos fijaban «no pocas veces su vista en demasía en el Vicario de

(1) Vid. CRISTIANDAD n.º 138, págs. 512-513.

(2) Instrucciones de la Dirección general del Apostolado de la Oración. Véase CRISTIANDAD n.º 142 pág. 83.

(3) Enc. «Anni Sacri» n.º 145 págs. 164-165.

Cristo, queremos decir en el hombre, y con esto se olvidaban de Jesucristo» (4) hoy que estamos en la angustiosa situación de desconfiar de la eficacia definitiva de toda institución y de toda doctrina social, política e internacional, nos es preciso más que nunca ver en la Iglesia algo más que una institución:

«Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, hermoso y gracioso como dice San Ignacio entre los hijos de los hombres, y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan a Cristo presente en su Iglesia... con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros...» (5).

Es el mismo Cristo nuestro Señor, «Rey eterno y Señor universal» que, hablándonos por su Vicario «a todos y a cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos...» Por esto «a nadie le es lícita la indolencia, a nadie la inercia» cuando están en juego los intereses del Reinado del amor de Cristo, es decir cuando están innumerables almas rescatadas con su sangre en peligro de perderse eternamente: «En esta hora histórica del género humano, en la cual se decide el combate supremo que sostiene por una parte Cristo y su Iglesia y por otra el poder de las tinieblas y en la cual se trata de la suerte y de la salvación del género humano, por medio de esta actuación han de ser invitados los fieles a que ayuden con su oración y penitencia a fin de que todos los hombres se conviertan, se salven del infierno y se acelere el triunfo de Cristo» (6).

* * *

Cruzada sobrenatural dirigida a procurar la eterna salvación de las almas, es la actual a la vez el único movimiento universal que puede dar al género humano la paz social y la solución de sus problemas naturales.

Es característica de nuestros tiempos: cuando la raíz más honda de los problemas trasciende el mero orden natural y social, cuando todos provienen de «una fuente única que es el olvido de Dios y el repudio de su Ley» se comprende que no puede dárseles una solución parcial y natural, es preciso restaurar el orden de las sociedades con Dios para que tenga estabilidad y consistencia cualquier trabajo para la paz del mundo. «El mundo no se salvará si no es volviendo penitente a Dios. Más esta conversión a Dios es fruto de la gracia, por lo tanto para que esta misericordia en bien de la humanidad nos sea otorgada debe implorarse de Dios con grande abinco».

La separación de las sociedades de Dios, que ha servido providencialmente a esclarecer la idea del Reinado de Cristo ha llevado también a hacer de la máxima y urgente actualidad «el sobrenaturalizarlo todo» (7).

A sobrenaturalizarlo todo viene la devoción al Corazón de Jesús. Ella no sólo tiene la oportunidad psicológica de venir a recordar a los hombres «este hecho semiolvidado de que Dios tiene Corazón», sino que encierra sobre todo la virtualidad de las promesas divinas. Si la Cruz de Cristo presidió desde su aparición a Constantino la Cristiandad antigua, en el «Corazón de Jesús con la Cruz superpuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor» tenemos el nuevo lábaro de lucha y de victoria.

La Cruzada de Oración y penitencia es una invitación a dirigirnos al Corazón de Cristo presentándole la filial súplica de aquella hermosa jaculatoria: «Cor Jesu, dic nobis salus vestra ego sum». ¡Corazón de Jesús dínos: Yo soy vuestra salvación! Y ella es también una prueba de que el Corazón de Jesús nos lo está ya diciendo.

F. C.



(4) (5) y (7). Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey, por el P. Ramón Orlandis, S. I. Folleto «Hacia el cuarto año jubilar» págs. 65-77.

(6) Citado en CRISTIANDAD n.º 144 pág. 129. «Nuevos cruzados».

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: **Nuevo lábaro de lucha y de victoria** (págs. 177 y 178).

EN EL CUARTO AÑO JUBILAR: **Ecos de la Cruzada** (pág. 179).

El sentido de Cruzada en Iñigo de Loyola (II), por el P. Ramón Orlandis, S. I. (págs. 180 a 182).

... y Santa Teresita eligió el amor, por M. L. Suñé (págs. 183 y 189).

La Asamblea de Mantua (págs. 184 a 186).

Pervivencia en España del espíritu de Cruzada, por Domingo Sanmartí Font (págs. 187 a 189).

¡Oh, pechos de hierro de los cristianos! (págs. 190 y 191).

Doctrina de pueblos (págs. 192 a 194).

Una Cruzada necesaria y santa, por José-Ortol Cuffi Canadell (págs. 195 a 197).

Comentario sobre la plegaria de Su Santidad Pío XII con motivo del Año Santo (conclusión), por Guillermo Viviani Contreras (págs. 198 y 199).

La defunción de Palestina, por Fr. León, Obispo de Tünel (pág. 199).

DE ACTUALIDAD: **Aniversario de la trágica muerte de Monseñor Tiso. - El judaísmo se manifiesta contra la República alemana occidental**, por J. O. C. (pág. 200).

EN EL CUARTO AÑO JUBILAR

ECOS DE LA CRUZADA

LA VOZ DE LOS PRELADOS

CUBA: La Habana

... Toda vez que Nos, tenemos la íntima persuasión de que la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús es eficazísima para conseguir se renueve la vida cristiana, no sólo en los individuos, sino también en las parroquias y en todas las sociedades, y estando ciertos de que esta devoción es un remedio dado por Dios y la Iglesia para las circunstancias y pruebas extraordinarias de este tiempo, *no sólo aprobamos de todo corazón esta Cruzada Católica de Oración y Penitencia, en comunión de oración y sacrificio con el mismo Divino Corazón, según la práctica del Apostolado, sino que exhortamos también a todos los cristianos a alistarse en dicha cruzada y a comprometerse a la observancia de las condiciones de la misma.*

El Divinísimo Corazón de Jesús es propiciación por nuestros pecados y fuente de gracia y misericordia; recurramos, por tanto, a esta fuente de vida y de perdón, y roguemos, por la intercesión del Inmaculado Corazón de María el perdón de nuestros pecados, y de los de todo el mundo, junto con el respeto de los sagrados derechos de Dios y de la Iglesia, la paz y concordia entre todos los hombres y la justicia y la caridad social para con los necesitados.

† MANUEL ARTEAGA, Cardenal Arzobispo.

EL SOLEMNE VIA CRUCIS DEL DOMINGO DE PASION EN BARCELONA

Correspondiendo a la general llamada de la Cruzada de Oración y Penitencia, el celosísimo Pastor de la Diócesis de Barcelona, invitó a los fieles todos a asistir a un solemnisimo Vía Crucis penitencial, que, iniciado a las cinco de la tarde de la Dominica de Pasión, haría coincidir su hora con aquella en que Su Santidad el Papa había anunciado bajaría a la basílica de San Pedro a rogar por las necesidades del Mundo.

Esta vez Barcelona respondió dignamente a la llamada. Durante cerca de cuatro horas, en toda su longitud, la Vía Layetana ubicó un desfile de ocho y de diez de fondo, donde, confundidos todos los estamentos sociales, con una nota de fervor y de sinceridad que no podía menos que conmover los espectadores, previas otras preces, se siguió un Vía Crucis improvisado con las devotas imágenes parroquiales del Santo Cristo. Una organización de altavoces perfecta, permitió que el recogimiento y el fervor se exteriorizasen, y así, durante cuatro horas, públicamente, centenares de miles de ciudadanos imploraron, con compunción, perdón a Dios por los pecados de la urbe en la que todos tenemos nuestra parte.

Presidió este Vía Crucis, con doble simbolismo a nuestro parecer, el venerando Cristo de Lepanto que se conserva en la Catedral de Barcelona. Siempre este Cristo ampara las grandes manifestaciones públicas de religiosidad; pero esta vez las presidía con mayor derecho si cabe. El Cristo cruzado, la veneranda Imagen que se ennegreció con la pólvora de la memorable batalla de Lepanto «que liberó la Cristiandad», ahora veía, ante sus plantas, una muchedumbre orante; no eran ciertamente cruzados, sino pecadores, que imploraban al cielo, ante todo, una Cruzada contra sí mismos. Oración y penitencia, únicas armas hoy posibles ante la cerrazón mundial que se cierne y que humanamente no parece pueda llegar a escampar.

Nuestro venerable Prelado, Doctor Modrego, visiblemente satisfecho y consolado por una manifestación tan sincera y espontánea, pronunció un emotivo sermón, cerrada ya la noche, ante las puertas de la Catedral Basílica, en tanto los potentes reflectores iluminaban el Cristo de la Cruzada que parecía bendecir la muchedumbre contrita que en número ingente se apiñaba alrededor.

L. C.

EL SENTIDO DE CRUZADA EN IÑIGO DE LOYOLA

II

CUATRO AÑOS DECISIVOS



DESDE la promulgación de la Cruzada, que S. S. León X hizo en Roma, dando nueva fuerza y publicidad al decreto del Concilio de Letrán, habían transcurrido justos cuatro años. Por marzo de 1518, Roma en peso, y —si atendemos a los contemporáneos— toda Italia, había tomado parte, por lo menos en espíritu, en aquellas solemnísimas rogativas, en aquel movimiento religioso-popular en favor de la guerra santa contra los infieles. La voz angustiada del Vicario de Cristo, por medio de los Cardenales Legados, se había hecho oír en las Cortes de las grandes potencias europeas. La paz poco menos que general que en aquella era histórica habían concertado entre sí todas las grandes potencias cristianas parecía ofrecer clima propicio para que el germen de vida llegado de la capital del mundo cristiano diera frutos de unidad, de civilización y de paz por la victoria de la verdad cristiana sobre la barbarie y el fanatismo musulmán. ¿Por qué vicisitudes aquellas nobles y halagüeñas esperanzas vinieron a desvanecerse? No es éste el lugar a propósito para referirlo. Lo cierto es que los sucesos patentizaron que aquella paz, si no del todo ficticia, era muy poco profunda, ya que el rescoldo de ambiciones y rivalidades que en el fondo persistía irrumpió en la realidad y su fuego, al prender en combustibles insospechados, llegó a ser un incendio de tal fuerza, que aun nosotros, remotos descendientes de aquella generación, somos víctimas de sus resultados.

Fué aquél un momento crucial y uno de aquellos momentos decisivos en que la voz de la Divina Providencia se digna llamar al género humano, y en especial al pueblo cristiano; en que le toca en lo íntimo de su conciencia social. ¿Ignoras, lector cristiano, que se dan tales momentos en la vida de los pueblos y aun de todo el linaje humano? ¿Es éste, para ti, un lenguaje incomprensible? Si algo de esto te pasa, sólo una cosa te pedimos: que quieras abrir los ojos; con sólo mirar un tanto lo que hoy está pasando entenderás fácilmente lo que queremos decir, más que con explicaciones prolijas y con disertaciones filosóficas. ¿Quieres saber lo que ocurrió en el segundo decenio de aquel siglo décimo sexto? Pues mira lo que pasa hoy. ¿Es posible que no te des cuenta de que tú y todos nosotros vivimos en nuestro tiempo un momento crucial? Para hablar con más claridad: ¿no ves que la humanidad actual, que este mundo en que nos ha tocado vivir se halla en una encrucijada?, ¿que si sigue haciéndose el sordo a la voz de Dios que le llama, está abocado a una catástrofe o a una serie de catástrofes tan horribles, que no las pudieron nuestros antepasados fantasear?

No es CRISTIANDAD quien ha inventado esta palabra, quien la ha aplicado al mundo actual. El Vicario de Cristo, el Papa Pío XII, en el Mensaje Pascual de 1948, ante trescientos mil fieles congregados en la plaza de San Pedro, se expresó con las siguientes gravísimas palabras:

«La gran hora de la conciencia cristiana ha sonado. O esta conciencia despierta a la plena y viril comprensión de su misión de ayuda y salvación para la humanidad, puesta en peligro en su ser espiritual, y entonces habrá

salvación y se verificará la fórmula prometida por el Redentor: «Tened fe; he conquistado el mundo»; o, de lo contrario, y Dios no lo permita, despertará sólo en parte, no se entregará valiente a Cristo, y se cumplirá el veredicto —terrible veredicto— no menos solemne: «El que no está conmigo está contra Mí.» Así, pues, amados hijos, comprended bien lo que significa y encierra tal encrucijada para Roma, para Italia y para el mundo.»

Y, ¡cuántas veces el Romano Pontífice ha denunciado los males, las desgracias que amenazan, si el pueblo cristiano, si las naciones, ante tal encrucijada, no se determinan a seguir el camino de la derecha!

Pues bien, lector amigo, en el segundo decenio del siglo XVI el mundo se halló en una encrucijada parecida a esta en que se halla el mundo actual, y con él nosotros y tú también, queramos o no queramos, y la voz de Dios llamaba al mundo en aquel entonces, como ahora lo está llamando; le llamaba a la unidad de la fe, a la paz de la caridad, que es la paz de Jesucristo, para la Santa Cruzada, en la cual, si se había de hacer necesario el derramamiento de sangre, la espada, desenvainada por necesidad, no se habría de blandir más allá de esta necesidad; de la necesidad de liberar a los que gemían en el cautiverio o se hallaban amenazados de muerte o de horrenda esclavitud o de torpe y pestilente apostasía.

Los estados cristianos, enzarzados en pleitos de ambición y supremacía, se hicieron sordos al llamamiento del



León X, por Rafael

EL CARDENAL EGIDIO EN ZARAGOZA

El alma española vibra

cielo y en su funesta miopía destrozaron por siglos y siglos aquel organismo viviente, ya de tiempo amenazado de muerte, que era la Europa cristiana, obra de la sabiduría divina y de la paciencia maternal de la Iglesia de Jesucristo. ¡Y qué seguido de desgracias, y qué males más terribles han venido sobre el mundo desde aquel momento fatal! ¿Qué podía ser de un mundo en que ya, no por pasión momentánea o en todo caso transitoria, sino como ideal de progreso se buscaba la emancipación de los pueblos de la autoridad y tutela maternal de la Iglesia de Jesucristo?

¿SERA BALDIA LA PALABRA DE DIOS?

¿Rechazará el mundo actual la palabra de lo alto que desde el Vaticano se difunde por toda la tierra en alas de los modernos descubrimientos? ¿Caerá, por lo menos, en el vacío allí donde se esperaba atención? Dios no lo quiera. El problema es angustioso para los cristianos de buena voluntad. Y a la verdad, tal es la solidaridad humana, tan compacto ha llegado a ser el cuerpo de la sociedad humana mundial, que los males y los dolores que aquejan a una parte de este cuerpo, por más remota que sea, pronto o tarde pueden y suelen llegar a algunas de las otras partes y aun tal vez a todas ellas. ¿Podemos, por ejemplo, prometernos que la caída de la China en poder del comunismo no llegará hasta nosotros en fecha más o menos remota? Y siendo esto así, ¿quién se librará de los males y de los castigos del cielo que vengan sobre la tierra por culpa de la mayor parte del género humano?

Y entonces, ¿cuál será la utilidad que pueda aportar a los buenos su fidelidad a la Divina Palabra? ¿La fidelidad de los buenos sólo en otro mundo habrá de alcanzar premio, en tanto que para este mundo desgraciado la palabra de lo alto habrá resultado baldía e infructuosa? ¿Es éste el valor, es ésta la eficacia de su palabra divina, que en la revelación nos ha hecho vislumbrar Dios omnipotente? No, por cierto. Así lo canta, en su espléndida y profunda poesía, el profeta Isaías:

«Cual baja del cielo la lluvia y la nieve
y allá no retorna,
Mas abrevia y fecunda la tierra
y la hace brotar:
Y da simiente al sembrador
y al que lo come le da el pan:
Así sucede con mi palabra, con la que sale de mi boca;
ya no retorna a Mí baldía,
Sino que cumple mi designio,
y prospera todo aquello a que la envío.»

La palabra del Papa y del Concilio era, en realidad de verdad, palabra de Dios; el que a vosotros os oye, a Mí me oye; el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia; y como palabra de Dios no podía ser estéril; y así, aunque no obtuvo el efecto que paladinamente pedía por las resistencias humanas, mas en compensación fué fecundísima en resultados insospechados y, por decirlo así, misteriosos, que al que escruta la historia posterior atenta y humildemente se le van revelando y le hacen vislumbrar ulteriores bienes que podrán conocer y disfrutar futuras generaciones.

Por lo que toca a nosotros, cuanto más lo consideramos y estudiamos, más nos sentimos inclinados a ratificarnos en la opinión ya insinuada, a saber: que el espíritu de San Ignacio de Loyola, considerado no en su universalidad esencial, sino en su modalidad existencial, en su fisonomía característica, está marcado por la huella indeleble que en él dejó el Llamamiento a la Cruzada, la impresión de entusiasmo que en él produjo sin duda el llamamiento y el ingrato desencanto por el fracaso. Esto es lo que en estos artículos nos proponemos comprobar, con el auxilio divino.

En el mes de agosto de 1518, el joven rey de España, Carlos I de Habsburgo, se hallaba en la capital del Reino de Aragón, en Zaragoza, donde los aragoneses estaban reunidos en Cortes. Allí hubo de acudir el Cardenal Egidio de Viterbo que ya en el mes de abril había salido —como dijimos— de Roma para España. Era España la nación que el Papa León X le había encomendado como a Legado Pontificio para predicar la Guerra Santa. El insigne Cardenal, varón verdaderamente apostólico, orador elocuente y ardiente promovedor de la paz cristiana y de la genuina reforma de la Iglesia, alcanzó lo que los otros Legados Pontificios no alcanzaron: La fiel adhesión del rey de España y la admisión de la tregua de cinco años, promulgada e impuesta por el Vicario de Cristo a todos los Príncipes Cristianos para dar lugar a la Cruzada. Muy pocas noticias concretas hemos podido hallar sobre la repercusión de la predicación de la Cruzada en el pueblo español; pero las noticias generales que hemos podido conseguir son de una tal significación e importancia, que no titubeamos en calificarlas de extraordinarias. El sabio historiador de los Papas, Ludovico Pastor, que, como es sabido, no suele pecar de pródigo en alabar a España y a sus cosas, afirma que en España se predicaba la Cruzada con enorme concurso. Pero lo que es más: el propio Cardenal Legado, según consta, por Sanuto, escribía a Roma, desde luego encomiando la fidelidad del joven rey, pero, además, añadiendo una frase en que expresa completa satisfacción, pues llega a decir que en España todos van en pos de él. Esto era lo natural, porque el espíritu de Cruzada en la nación española duraba y perduraba y no se ha extinguido jamás por la Divina Misericordia: Los hechos mismos han hablado en nuestros días con la elocuencia de la realidad.

* * *

¿Dónde estaba en aquel momento el Genti!hombre Iñigo de Loyola? Con precisión no lo sabemos, y tal vez en este mundo no habrá persona que lo sepa. Tal vez no se conserva un solo dato que nos lo pueda indicar. Lo que con certeza sabemos es que desde el año anterior estaba Iñigo al servicio del Duque de Nájera, don Antonio Manrique de Lara, virrey que era de Navarra desde mayo de 1516. Los Estados del virrey confinaban con el territorio de su virreinato, de modo que tan pronto se le halla en Nájera como en Pamplona. De todos modos, ni el Ducado de Nájera, ni el Reino de Navarra distaban mucho de Aragón ni de su capital, Zaragoza. Por consiguiente, admitido el hecho de la popularidad de la Cruzada en toda España, y más concretamente en Zaragoza, no vemos cómo en buena razón se pueda poner en duda que las noticias de tal acontecimiento llegaran a la corte del virrey; y es tanto menos probable una tal incomunicación, cuanto que el Duque de Nájera, por ser virrey de Navarra, no tan sólo era uno de los próceres de más categoría del reino, sino, además, personas a quien era necesario tener al tanto de los negocios internacionales, porque se le había confiado un cargo tan delicado y de tanta confianza y responsabilidad, cual era el de centinela en la región más en peligro de una invasión sigilosamente tramada. Y esto indudablemente exigía un incesante cambio de noticias y de mutuas impresiones, más que nada sobre política internacional.

Precisamente a este género de política pertenecía el asunto que traía el Legado Pontificio, tanto por el empeño definitivo que era la alianza de los Príncipes Cristianos contra los infieles como por la tregua de cinco años intimada por el Papa, como preparación previa y necesaria para la alianza.

Si el asunto hubiera pedido secreto, se comprendería que no llegara al conocimiento de Iñigo de Loyola; mas

PLURA UT UNUM

siendo, por lo menos en lo substancial, del dominio público, era, en realidad, imposible que le pasara por alto, y no sólo en sí mismo, sino en cuanto en la corte española era coronado por el éxito, así por la aceptación del soberano como por el entusiasmo popular.

Y siendo esto así, ¿era siquiera imaginable que Iñigo no participara del entusiasmo general? En un hombre como él, que nos es bien conocido, tanto en las muestras de su carácter, que en sus obras nos ha dejado, como por lo que de él nos dicen los que en la intimidad le conocieron y trataron, ¡qué suposición más absurda la de imaginar en Iñigo una frialdad, un despego, una tibieza en presencia de una tal expectativa! Su secretario, el P. Juan de Polanco, que estuvo varios años continuamente a su lado, al intentar dejar a la posteridad algún bosquejo de fisonomía moral, tal cual era antes de darse a la vida espiritual, sin disimular sus defectos y ni aun sus vicios, dice de él que era «aficionado a la fe y aun en lo natural, de su persona recio y valiente y más aún, animoso para emprender grandes cosas; de grande y noble ánimo y liberal; en muchas aflicciones y trabajos, nunca tuvo odio a persona ninguna ni blasfemó contra Dios; siendo curado de los médicos del campo francés y visitado de los contrarios, les daba con amor y liberalidad los dones que podía, hasta dar a uno su rodela, a otro su puñal, a otro su coraza. Dió muestras en muchas cosas de ingenioso y prudente en las cosas del mundo y de saber tratar los ánimos de los hombres, especialmente en acordar diferencias o discordias. Aunque empleaba mal a las veces la habilidad y los dones naturales, todavía se veía en él sujeto que había Dios hecho para grandes cosas. En la una y otra vida siempre se inclinaba a cosas grandes».

Hasta aquí el P. Polanco. Y el P. Diego Lainez, que fué una de las lumbreras del Concilio de Trento y sucesor suyo en el cargo de General de la Compañía de Jesús, habla de manera semejante.

Vibrando como vibraba el alma de los españoles, ¿cómo no había de vibrar el corazón de aquel joven militar, de fe sentida y arraigada, de ánimo recio y valiente, de espíritu grande y noble, alentado para emprender grandes cosas, sin mezquinidad ni bajaesa?

Sí, no lo dudes, lector. Vibró el corazón de Iñigo y vibró en lo más profundo; y este vibrar de entusiasmo noble, santo, religioso, fué el prenuncio de otro vibrar más profundo y elevado; y este vibrar de Cruzada se deja hoy percibir en el pensamiento y en el lenguaje de aquel librito, de tamaño tan exiguo y de apariencia tan prosaica, en el cual nos legó, aquilatada y concentrada, la quintaesencia de su alma.

Lector amigo. El espíritu de los Santos, su persona y su acción vive y perdura en la Iglesia porque es algo eterno y divino, es de actualidad imperecedera, sin merma ni decadencia. Ojalá que los cristianos, sin resabios de un naturalismo anémico y estéril, buscaran la luz, la vida, la actualidad indeficiente en la ciencia, en la vida y en el alma de los Santos. En el corazón de los Santos fluye la corriente de aguas vivas que dimana del Divino Corazón y resurte hasta la vida eterna.

La actualidad perfecta, absoluta, definitiva, es Cristo, piedra angular del templo de Dios, que es el cuerpo místico de Cristo, y la obra eterna de Dios es la formación de este Cuerpo Místico. Esta obra de Dios es actual y actualizante. Este es el único sentido de la Historia, que ojos míopes creen sorprender en movimientos cíclicos o progresivos carentes de sentido, de vida, de razón de ser. Quera Dios, lector amigo, hacer la gracia, a los que laboran con temor y temblor en CRISTIANDAD, de captar esta divina actualidad, imperceptible a la carne. Válganos la promesa hecha a los párvulos y negada a los sabios y prudentes. Y si tú, lector benigno, recelas que en nuestros dichos o hechos se esconde la vanidad, ter compasión de nosotros y encomiéndanos a Dios.

Ramón Orlandis, S. I.

NUESTRAS ARMAS...

A las cosas que has llevado a cabo estas dos faltaban, Santísimo Padre, que convocases el Concilio y que proclamases la guerra contra el común enemigo de los Cristianos. Dios te pide y manda que consideres estas cosas, las procures y las llesves a término; como manda el profeta, que destruyas, extirpes, desarraigues: los errores, el lujo, los vicios, establezcas, edifiques y plantes: la modestia, la virtud, la santidad. Para realizar esto, a la vez que muchas otras razones, debe movernos la pérdida de nuestros ejércitos: lo que considero que ha sucedido por disposición de la divina providencia, para que, derrotados mientras estuvimos armados con armas ajenas a la Iglesia, volvamos a las propias y con ellas triunfemos. **Nuestras armas son la piedad y religión, la rectitud, las oraciones y deseos, el escudo de la fe y las armas de la luz**, para usar de las palabras del Apóstol. A las que si volvemos en los trabajos del Concilio, así como en las armas que no son las propias hemos sido inferiores a cualquier enemigo, así con las nuestras seremos superiores a todo adversario.

Traed a la memoria, os ruego; la guerra que Moisés hizo contra el Rey Amalec. Veréis al pueblo amado de Dios, que confiando en la espada era siempre vencido: y por el contrario siempre vencía cuando suplicaba con oraciones. Josué llevaba el ejército al combate; Aarón, el sacerdote, con Hur y Moisés subían al monte. Aquellos marchaban contra el enemigo armado en su cuerpo, éstos, rogaban a Dios con el alma purificada:

...y Santa Teresita eligió el amor

... porque es la única fuerza capaz de producir el impulso para conquistar y vencer al mundo, ya que nada menos que esta empresa ha de llevar a cabo para cumplir su misión.

Al igual que con las piezas de un mosaico, yuxtaponiéndolas sucesivamente unas a otras, va formándose el dibujo, Dios, por medio de los Santos aparecidos providencialmente con las características convenientes a cada época, va delineando el plan ya anunciado en el Antiguo Testamento, o sea aquel reino que se extenderá de mar a mar y ha de tomar forma en el reinado de Jesucristo en el mundo.

Así, encontramos que para contrarrestar la escisión de la Iglesia, provocada por Lutero y la tendencia paganizante del Renacimiento, el Señor «enseña a San Ignacio de la misma manera que un maestro enseña a un niño» (1), porque el Santo «era aun de grueso ingenio y sin letras» (1), que hay que delimitar los campos de la lucha, y es entonces cuando el Santo escribe la meditación de dos banderas, que cada día adquiere mayor actualidad.

Más tarde, este soberano Señor anuncia a Santa Margarita María, en sus revelaciones, que el triunfo de los que pelearán bajo su bandera es cierto, y que «reinará, a pesar de sus enemigos, y levantará su imperio sobre las ruinas del imperio de Satanás». Es tan clara esta promesa, que estremece al mismo infierno; Satanás ya no se atreve a dar la cara; se camufla en los rigores de un puritanismo inhumano o en los afanes científicos para descubrir la verdad, y a costa de los incautos lleva a cabo «la obra maestra de hacer que nadie crea en él» (2). Entonces, como impunemente puede intoxicar a la humanidad diluyendo veneno diabólico y mortal en las ideas científicas, sociales y religiosas, empieza la lucha de las ideologías producida por el caos confusionista del liberalismo y el orgullo de los sabios, apoyados de un modo especial y eficaz por la rebeldía de los organismos estatales, que quieren hacerse soberanos y omnipotentes precisamente negando la omnipotencia y soberanía de Jesucristo.

En esta época aparece Santa Teresita, y su vida y su doctrina es la lección adecuada para los que ahora vivimos.

- (1) Autobiografía de San Ignacio.
(2) Sortillanges.

Convencida de que el Señor la destinaba a grandes cosas, «desde su infancia soñaba combatir en los campos de batalla... Cuando empezó a estudiar la historia de Francia, la narración de las hazañas de Juana de Arco la entusiasmaba y sentía en su corazón el deseo y el valor de imitarla» (3). Ciertamente no se engañaba, pero un mensaje del cielo le indica el nuevo matiz que ha de tener su actuación. «En lugar de las voces celestiales invitándola al combate, como a la heroína de Reims y de Orleans, oyó en el fondo de su alma una voz más dulce, pero aun más apremiante, la del Esposo de las vírgenes, que la llamaba a otras hazañas, a conquistas más gloriosas, y, en la soledad del Carmen, comprendió que su misión no era coronar a un rey mortal, sino coronar al Rey del Cielo y someterle el reinado de los corazones» (3).

Inmediatamente, con la claridad que da la intuición divina, comprendió el estado de su tiempo, que es el nuestro, y el cariz que presenta la batalla que hay que librar. Aunque «no teme ni al fuego» (4) y «hubiera sido para ella una ventura pelear en los días de las Cruzadas o contra los herejes» (4), ve que el enemigo de ahora no presenta cuerpo a propósito para ser atacado por la lanza de un cruzado ni por los cañonazos de un ejército regular, sino que está formado por «aquella clase de demonios que no pueden ser vencidos mas que por la oración y el ayuno» (5), y que el género de lucha que exige es tan épica, tan valiente y tan magnífica como la de los cruzados que asaltaron los muros de Jerusalén o perecieron en el cerco de Ptolemaida; más todavía, exige abrazarse, en la mayoría de los casos, con el heroísmo del silencio, que resulta, en ocasiones, mil veces más agobiador que una herida dolorosa o una muerte espectacular.

Pero es valiente; con el maravilloso empuje que la lleva en pos de su ideal, con desprecio de la propia vida y de la propia estimación, «quiere señalarse en el servicio» (6) del Rey que ha de coronar, y acogiéndose decididamente bajo su bandera, constituye un ejemplar de esta clase de lucha. Cierta de la eficacia de la oración y el sacrificio, convencida de que estando al frente de un cuerpo

(Termina en la página 189)

- (3) Carta de la Santa a un misionero, 29 abril 1897.
(4) «Novissima Verba».
(5) S. Mateo, 17, 20.
(6) «Ejercicios de San Ignacio.»

aquéllos con instrumentos de guerra, éstos con anhelos trabajaban: aquéllos luchaban con el hierro, éstos con la piedad.

Hemos visto unas y otras armas: las de la milicia y las de la religión. Consideremos ya, pues Dios nos lo da a conocer, cuáles sean las nuestras. **Cuando Moisés levantaba sus manos nuestro ejército vencía: cuando las dejaba descansar, el ejército cedía.** Y para que no pensemos que esto ocurrió como al acaso, al fin de aquella narración está escrito que contra Amalec, esto es contra los enemigos de la Iglesia, la guerra y el combate por Dios sigue de generación en generación. **Con lo que nos advierte el Señor que una y otra generación y una y otra Iglesia: a saber la de Moisés y la de Cristo son vencidas con las armas de la guerra y obtienen la victoria con las de la piedad: que son derrotadas luchando con el hierro, y triunfan obrando lo que es sagrado.**

Del primero de los discursos que fueron pronunciados en el Concilio de Letrán, el día 3 de mayo de 1512, por Egidio Canisio de Viterbo, general de la Orden de los Agustinos.



Pío II preside
la Asamblea de Mantua

LA ASAMBLEA DE MANTUA

DESDE 1502 a 1508, Bernardino Betti, de Perusa, más conocido por el sobrenombre de «Pinturicchio», trabajó por encargo del Cardenal Francisco Todeschini Piccolomini en la decoración de una dependencia del Duomo de Siena, donde había que instalar la Librería —Biblioteca— Piccolomini. Tratábase de una espaciosa sala rectangular, en la que, apenas penetra hoy el visitante por una de las puertas de acceso, que se abren en los lienzos de pared de menores dimensiones, tiene por fuerza que detenerse como deslumbrado. Si el visitante se deja transportar, por un momento, al tiempo en que uno de los adelantados del Renacimiento, el arriba citado artista, decoraba aquella estancia, puede hacerse la cuenta de que tal vez con una igual sensación, y aun sentimiento, de persona deslumbrada, realizó éste aquellas obras, donde se aúnan, más que en cualesquiera similares, un no sé qué de los procedimientos y modos de ver del artista de la Edad Media con la seguridad y grandeza que el pintor del Renacimiento se esfuerza por imprimir en sus producciones.

Color sobre color, oros, púrpuras, amarillos, tostados, verdes, ocres, azules y aquellos indefinidos colores como de crepúsculo de las lejanías, iban brotando del muro recién preparado por los albañiles, según los diseños y figuras trazados en los cartones, cuyo contorno se había comenzado por trasladar a la pared.

Los aprendices preparaban los pigmentos, desleíanlos en agua de cal y el maestro los iba depositando sobre la lisa superficie del muro, que un oficial aspergía continuamente con agua clara y limpia para mantener la pared como en estado de recién construida. Trabajábase con intensidad, porque de la rapidez de la ejecución dependía el buen resultado de aquellas pinturas al fresco; que no de otra cosa, como muy bien habrá advertido el culto lector, aquí se está tratando.

Esta obra se comenzó y terminó reinando el Pontífice Julio II y representa, en diez grandes cuadros, las escenas más importantes de la vida del poeta, diplomático y exquisito latinista Eneas Silvio Piccolomini, Obispo y Cardenal de Siena, y Papa, desde 1458, con el nombre de Pío II. Dos de estos cuadros interesan a nuestro relato de un modo especial: el octavo, en cuyo pie una inscripción latina reza: «Pío II, Pontífice Máximo, recibido por Luis, príncipe de Mantua, con su escuadra dispuesta como en simulacro de batalla naval, llega a Mantua, en las VI calendas de junio, a la Asamblea convocada para tratar de la expedición contra los turcos», texto que se halla presidido por la representación del citado Congreso; y el décimo, en que aparece el mismo Pontífice, llevado en su silla gestatoria después de su desembarco en Ancona, al pie de cuya escena figura la leyenda: «Pío, mientras

aceleraba en Ancona la expedición contra los turcos, falleció de fiebres. Un ermitaño camaldulense vió como su alma era llevada al cielo. Su cuerpo, por decreto de los Padres, fué transportado a Roma».

* * *

Iban a cumplirse seis años desde que Constantinopla cayera en poder de los turcos. La Cristiandad de Oriente gemía bajo la dominación o la amenaza inmediata de Mahomed II y dirigía continuas llamadas de auxilio a Occidente.

En tales circunstancias, llegado el año 1459, había fenecido lugar la Convocatoria que el mismo Papa Pío II dirigió a la Cristiandad. Dando un paso más que sus predecesores, la iniciativa del Pontífice provocaba la reunión de una Asamblea en la ciudad de Mantua y señalaba para su apertura el día primero de junio. En esta fecha se trasladó Pío II a Mantua, donde se celebró una misa solemne para invocar la protección del cielo sobre la empresa. El Obispo de Coronea dirigió una brillante alocución a los Cardenales, Obispos, clero y pueblo reunidos, exponiendo la mente del Papa, los fines de la Asamblea y la necesidad de llevar adelante la empresa que allí les había reunido; y cuando ya los asistentes se disponían a retirarse, impuso el Papa silencio y les dirigió las palabras que siguen:

«Habíamos esperado, hermanos e hijos, que al llegar a esta ciudad encontraríamos ya a muchos embajadores de los reyes. Muy pocos están presentes: por lo que vemos nos habíamos engañado. No hay entre los cristianos tanta solicitud por la religión como pensábamos. Establecimos un plazo largo para la reunión: nadie acuse la premura del tiempo o las dificultades del camino. Nos, padeciendo enfermedades y agravado por la ancianidad, no hemos reparado en los Apeninos ni en el invierno; ni la alma ciudad de Roma nos detuvo, aunque, amenazada gravemente por saqueadores, necesitase mucho de nuestra presencia; hemos dejado, no sin peligro, el patrimonio de la Iglesia para atender a la fe católica, que los turcos se esfuerzan en arruinar.

»Veamos que sus fuerzas aumentan de día en día, que sus ejércitos, conquistadas ya Grecia e Iliria, entran en Panonia y amenazaban con grandes contingentes a la fiel nación de los húngaros. Tememos que ocurrirá, si no somos prudentes, que, vencidos los húngaros, los alemanes y los italianos, toda Europa será sometida, lo cual no tendrá lugar sin que se destruya nuestra religión.

»Pensamos en evitar este mal y hemos convocado esta Asamblea; hemos llamado a los príncipes y a los pueblos, para que en una reunión común tratásemos de la defensa de la Cristiandad: hemos venido llenos de esperanza; ahora nos dolemos de ver cuán vana ha sido. Nos avergüenza ver cuán grande es la negligencia de los cristianos: a unos les debilitan los placeres, a otros la codicia. Los turcos, por su secta condenadísima, no rehuyen la muerte: nosotros, por el santo Evangelio de Cristo, no somos capaces ni de soportar los gastos ni de emprender los menores trabajos. Si así continuamos, está resuelto lo que será de nosotros: en breve pereceremos, si no recibimos un nuevo espíritu.

»Por esto os exhortamos, piadosos varones, a que con asidua oración roguéis a Dios que dé a los reyes cristianos otro espíritu, que excite los ánimos de su pueblo y encienda los corazones de los fieles: a fin de que, empuñando ya las armas, venguen las injurias con que los turcos afligen cada día más y más a nuestra religión. ¡Levantaos, hermanos! ¡Levantaos, hijos! Convertíos a Dios de todo corazón: velad y orad. Con ayunos y limosnas reparad vuestros pecados; haced obras dignas de penitencia: así, aplacado Dios, se compadecerá de nosotros y, oyéndonos, entregará los enemigos a nuestras manos. Nos

permaneceremos aquí hasta conocer el ánimo de los príncipes. Si vinieren, juntamente con ellos trataremos de la cosa pública; en otro caso será necesario volver a la lucha y soportar la suerte que el Señor envíe. El verdadero propósito de defender la religión hasta donde las fuerzas y la vida nos permitan, ni lo abandonaremos, ni juzgaremos duro, si la cosa lo pide, dar la vida por nuestras ovejas.»

Un ideal verdadero y profundo animaba sus palabras, un ardiente impulso de caridad, un celo imperioso por el bien común le movía a tomar sobre sí aquella empresa, superior a las fuerzas humanas, de hacer olvidar todos los particularismos en aras de un empeño trascendental, en interés de los miembros sufrientes y amenazados de la Cristiandad. Por esto no debía cejar en aquel empeño, y, a pesar del aparente fracaso, volvió a insistir acerca de cada uno de los príncipes en particular, con la siguiente carta:

«Carísimo en Cristo hijo: Ya, bajo la guía del Altísimo, hemos llegado a la ciudad de Mantua, a la que en nuestras cartas habíamos prometido llegar el día de las calendas de junio para celebrar la Asamblea; estuvimos aquí en persona cinco días antes del término. Y hemos venido no sin grandes inconvenientes para nuestra persona y nuestras cosas, porque el peso de la edad nos exige descanso y el Patrimonio del Pontífice, destituido de su presencia, se ve cada día amenazado por muchos males. Pero no pensamos que al hacer todo esto cumpliésemos grandes cosas por Dios: porque sabemos que la salvación de los pueblos fieles y la causa de la santa fe católica deben ser antepuestas a todos los trabajos y peligros.

»Esperábamos tu presencia, o, si no podías esto, esperábamos encontrar aquí, por lo menos, embajadores de tu dignidad; no los hemos hallado, y nos duele haber sido Nos el primero en acudir para un trabajo que es igualmente deber de todos.

»Te exhortamos, pues, en el Señor, y con todo nuestro afecto requerimos a tu serenidad, para que, considerando qué es lo que Dios omnipotente exige de ti en estos tiempos, qué cosa pide la salvación común de todos y, finalmente, qué es lo que conviene a tu deber, quieras, ya por ti mismo (que es lo que deseamos principalmente) o por embajadores, como decíamos, que sean hombres eminentes y dignos de tan importante negocio, venir prontamente; ni quieras soportar que en una Asamblea general de los príncipes cristianos, presidiendo el Vicario de Cristo, falte tu voz ante el Altísimo.

»Si no falta quien ayude a nuestro propósito, muchas cosas hay que preparan a una feliz empresa; principalmente ahora cuando casi todo el Peloponeso, que llaman la Morea, rebelándose contra la impiedad de los turcos, vuelve a la devoción cristiana y con piadosos deseos espera ayuda de estos países. Y es aquella región de tal oportunidad para llevar a término la guerra por mar y por tierra, que ninguna de las del Oriente puede prestar mejor facilidad para defender a los nuestros y destruir el poder de los turcos, pero que ciertamente si no se le presta una poderosa ayuda volverá a su antigua esclavitud y ruina.

»Nos, cuando a los príncipes antedichos, o sus embajadores, no hemos hallado aquí, hemos determinado esperar aún su llegada por algún tiempo. Si llegan, dirigiremos toda nuestra atención a llevar a cabo la empresa que hemos comenzado. Si, por el contrario, no vienen, creemos que será excusada ante Dios y ante los hombres nuestra imposibilidad, pues no podemos por Nos mismo llevar tan grave carga. Y deberán los propios príncipes, en quienes conviene se apoye la república cristiana, considerar que aparecerá que han faltado a su Redentor y a sí mismos, con sempiterna ignominia suya y destrucción de aquellos que diariamente dan su sangre por la fe.»

Esta carta fué cursada al Emperador Federico III, a

PLURA UT UNUM

Carlos VII, rey de Francia, a los duques de Saboya y Baviera, a los venecianos, a los florentinos, etc.

Entonces fueron llegando, unos en pos de otros, los enviados de la mayor parte de los príncipes cristianos, y aun varios de éstos. Ciertamente que algún resultado pudo obtenerse, al fin, de la Asamblea, a pesar de los muchos particularismos que en ella brillaron; resultado que resumía Pío II con estas palabras:

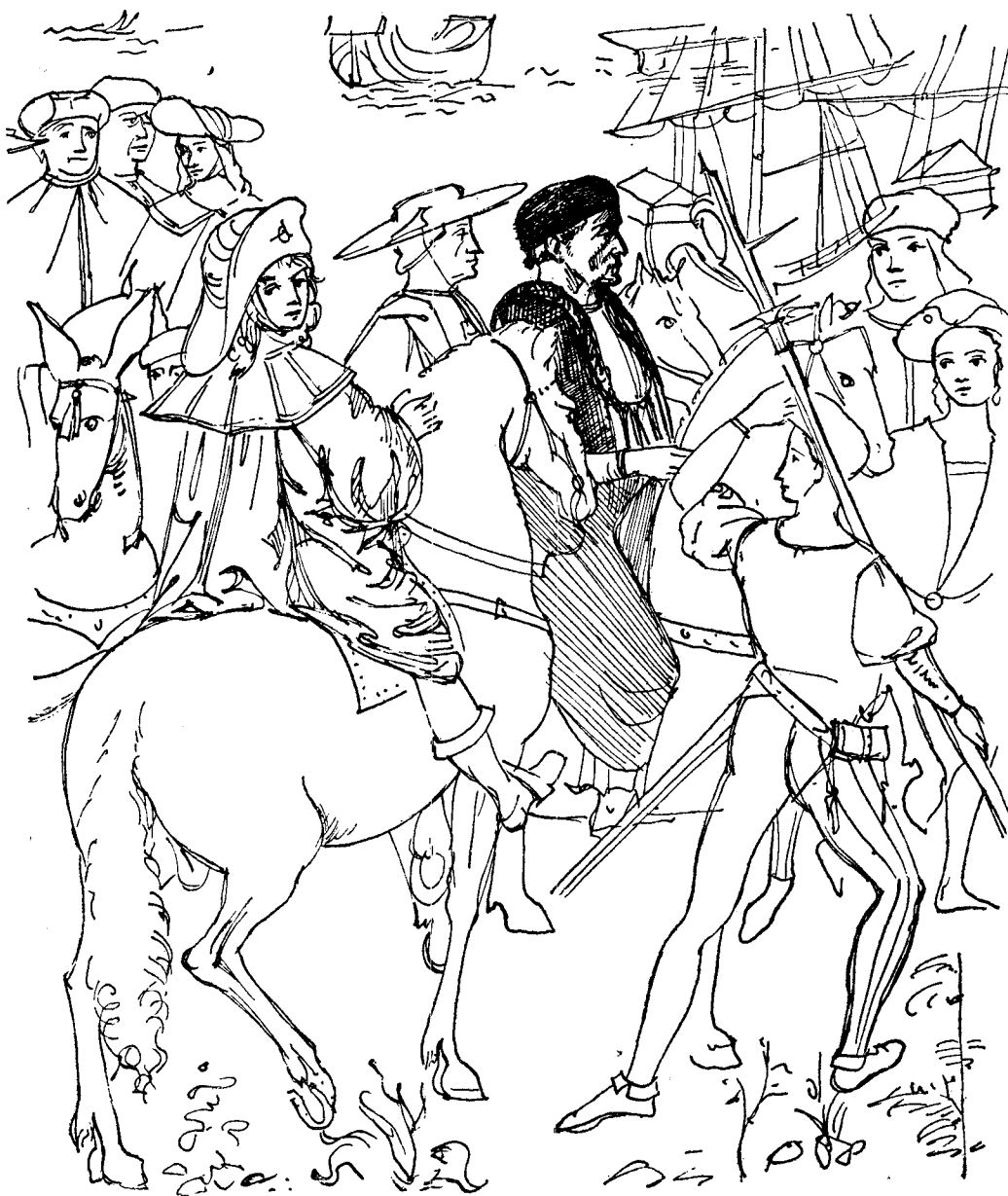
«Hemos pasado ya aquí, hermanos e hijos, ocho meses esperando a los que fueron convocados a esta Asamblea. Habéis visto los que han venido: esperar ya más la llegada de quienquiera, que pueda ser útil a nuestra empresa, es cosa vana. Podemos ya partir. Hicimos cuanto aquí había que hacer: Ojalá hayamos defendido bien la causa de Dios. Aunque concebíamos mejores esperanzas de lo que hemos hallado, algo se ha hecho; no se ha perdido todo. Hay que decir a qué punto han llegado las cosas, para que todos sepan qué quede de esperanza y qué reyes y pueblos estén prontos o remisos para defender la fe.»

Así se expresaba, no el poeta, no el literato ni el humanista, el diplomático o el político Eneas Silvio Piccolomini, sino el Padre común de la Cristiandad, el Vicario de Cristo, que se desvive por la salvación de su rebaño y que no había de vacilar en acudir, gravemente enfermo, a ponerse en persona al frente de la empresa, para ver si con ello movía, al fin, el espíritu de los príncipes.

El pueblo cristiano, en cambio, había respondido al llamamiento, e innumerables cruzados concurrían de todas partes al puerto de Ancona, para embarcar con rumbo a Grecia.

* * *

Fué éste uno de los últimos esfuerzos con que un Papa procuró reanimar el vigor de la Cristiandad medieval, que había volcado en varias ocasiones a la Europa entera en empresas de defensa de su patrimonio común, de defensa del vigor y de la juventud de su cuerpo y espíritu. Un Papa humanista, ejemplo de la dirección que habría podido imprimir a la cultura un humanismo libre de las desviaciones paganas que este movimiento experimentó en su curso, realizó la tentativa que acabamos de ver para salvar aquella unidad superior del mundo civilizado, animada por verdaderos ideales comunes, que conocemos con el nombre de Cristiandad. En otra ocasión, Dios mediante, contraponemos este intento con el que hizo el humanismo desviado ya, a principios del siglo XVI, creyendo por un instante salvar la unidad y la juventud de Europa con su utópica concepción de la paz laica por la cultura en una época en que ardían violentamente las pasiones de dominio y las locuras de grandeza.



Eneas Silvio Piccolomini, después Papa Pío II se dirige al Concilio de Basilea. (Detalle de los frescos de la Biblioteca Piccolomini).

Pervivencia en España del espíritu de Cruzada

En enero de 1492, en el Salón de Embajadores de la Alhambra, un hombre de cerca de cuarenta años de edad, con la cabeza prematuramente gris, se presentaba a los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel, y pedía para sí y para sus descendientes el título de Almirante y de Virrey de todos los países que pudiera descubrir. El hombre se llamaba Cristóbal Colón y esta escena representaba el final de una época histórica y el principio de otra nueva.

Pocos días antes, el 6 de enero, los Reyes Católicos habían hecho su solemne entrada en Granada, el último baluarte musulmán en España. Como dice Thomas Walsh, «todos los sufrimientos, todos los esfuerzos, los dolores y los trabajos... todos los heridos y la muerte de aquellos millares de caballeros cristianos que combatieron tenazmente para recobrar aquel territorio sagrado; todos los dolores y las angustias y las agonías de las mujeres y los niños cristianos que habían perecido en las mazmorras de los moros; toda la maravillosa epopeya de la cristiana España terminaba y se justificaba en aquel momento glorioso.»

Terminaba, en efecto, felizmente, la cruzada de ocho siglos de duración que los reinos españoles sostuvieron contra el moro, y, en adelante, en la España, políticamente unificada, habría también unidad de fe religiosa.

Es cierto que la Reconquista se hallaba virtualmente terminada desde los tiempos de San Fernando, tercero de su nombre, rey de León y de Castilla, y de Jaime I el Conquistador, soberano de los Estados orientales de la península; y que el débil reino de Granada, que quedó como pobre residuo del antiguo y poderoso Califato de Córdoba, no podía, por sí mismo, poner en peligro a los reinos cristianos de España; pero en tiempo de los Reyes Católicos, los turcos habían conquistado Constantinopla, el baluarte cristiano de Oriente, y se extendían por la península de los Balcanes, mientras sus flotas navegaban por el Mediterráneo. En aquellos momentos recogían sus fuerzas para un nuevo intento de subyugar a Europa. La cabeza de puente que el reino moro de Granada era, podía poner en peligro, algún día, los frutos de toda la anterior epopeya española. La guerra de Granada era, pues, un verdadero objetivo de Cruzada.

El 2 de enero de 1492, el rey moro Boabdil entregó las llaves de la ciudad al rey don Fernando, quien las pasó a doña Isabel, ésta al príncipe don Juan, heredero de ambos, el cual, a su vez, las dió al conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad. Al frente de un grupo de caballeros penetró éste en la ciudad, y cuando poco después, en lo alto de la torre de la Vela, se vió brillar la Cruz de plata que acompañaba a don Fernando en la campaña, y a su lado el estandarte de Santiago, todo el ejército cristiano que circuía Granada se arrojó a los gritos de: «¡Santiago!... ¡Santiago!»

El día 6 de enero tuvo lugar la solemne entrada de los Reyes en su nueva ciudad. Su primera visita fué a la Mezquita, convertida ya en iglesia católica por Fray Hernando de Talavera, primer Arzobispo de Granada, en donde oyeron la Santa Misa. La religión acompañaba a los valientes que consumaran el último acto de la Reconquista, como había acompañado durante ocho siglos a los que, vencedores o vencidos, habían tomado parte en ella. Junto a los Reyes Católicos doblaron la rodilla, en la mezquita recién consagrada, hombres que habían llenado el país, y que más tarde debían llenar el mundo, con la fama de sus hazañas: Gonzalo Fernández de Córdoba, Hernán Pérez del Pulgar, llamado «el de las hazañas», el Duque de

Medinasidonia, el Marqués de Cádiz, y entre la multitud, desconocido todavía de casi todos, Cristóbal Colón, el hombre que se disponía a ofrendar un nuevo mundo a los monarcas españoles.

En aquellos precisos momentos terminaba una época histórica; la España medieval desaparecía en el pasado. Época de lucha por la fe, de verdadera Cruzada, Cruzada sostenida con esfuerzo infatigable y al fin victoriosa, monumento único en la historia universal.

Es posible, y aun fácil, señalar imperfecciones, encontrarle taras, debilidades y hasta graves caídas. Esto es propio de todas las obras humanas, pero por encima de todo descuella la fe ardiente, el espíritu de sacrificio que marcan la colosal empresa que se iniciara a principios del siglo VIII en Covadonga, en Vascongadas, en San Juan de la Peña, en Sobrarbe y Ribagorza, en los Pirineos orientales, cuando los grupos de fugitivos, desde aquellas fragosidades pirenaicas, en defensa de su fe se opusieron audazmente al empuje, hasta entonces irresistible, de los árabes. Y el espíritu religioso fué el que guió a sus sucesores: Sancho el Mayor, Alfonso el Batallador, Alfonso VI, Alfonso VIII, Jaime el Conquistador, Fernando el Santo y a tantos otros.

* * *

La larga lucha sostenida contra el infiel confiere a los españoles una posición única en la historia de la Edad Media. En los restantes países de Europa se producen formidables movimientos de Cruzada, cuando Pedro el Ermitaño, o Bernardo, la predicaban, y se precipitan caballeros y plebeyos a pedir la Cruz que los hacía cruzados, hasta el punto que se ha dicho que Europa se volcó hacia Oriente. Pero este sentimiento de lucha por la religión, de combate contra el infiel era, en las monarquías europeas, un sentimiento esporádico, mientras que en España, durante ocho siglos, el pensamiento y la acción de todos, gobernantes y gobernados, estuvieron de un modo preferente, y durante largos períodos exclusivo, vueltos hacia la lucha religioso-nacional que sostuvieron.

Y cuando un pensamiento concreto y determinado es la guía y norma principal de un pueblo durante un periodo de tiempo tan grande, puede asegurarse que deja una huella hondísima en el alma de este pueblo, huella que no se borrará en el transcurso de varias generaciones.

Así lo reconoce un historiador como Ludovico Pastor,



Boabdil sale de Granada para entregar la ciudad a los Reyes Católicos.
(Relieve del zócalo del Retablo de la capilla real de Granada).

PLURA UT UNUM

no precisamente calificado por su simpatía para las cosas de España, cuando, en su «Historia de los Papas», dice:

«La lucha de España, continuada por más de siete siglos contra los moros, ha impreso un sello imborrable en el carácter, así de las provincias de la península pirenaica como de cada uno de sus más esclarecidos hijos. En la historia de otros pueblos, la Cruzada no constituyó más que un episodio; pero la historia del pueblo español había sido una cruzada continua. Con justo orgullo se ponían los ojos en aquel tiempo, en el cual la España cristiana fué antemural de la Cristiandad contra el Islam en el Occidente de Europa; y la conciencia de que cooperaba a esta sublime misión penetró y elevó a cada individuo, imprimiendo en el carácter popular español aquel indeleble rasgo de su sentimiento nacional, que ha sido proverbial desde entonces. Aquel espíritu devoto y caballeroso que en los demás países de Europa había cedido mucho tiempo hacía a un modo de concebir más material, o había degenerado en bárbaras contiendas, había retenido, por este modo, en España, su fuerza sin menoscabarse.»

* * *

Con seguridad que todos los asistentes a la Misa de Epifanía de 1492 en la Catedral de Granada, celebrada por su primer Arzobispo, tuvieron la sensación de pensar que ellos y sus antepasados habían cumplido la misión que les señalara la Providencia a lo largo de los siglos medievales: habían sido el baluarte de la Cristiandad en el Occidente y habían hecho retroceder a los enemigos de la misma lanzándoles fuera de Europa.

Pero apenas terminaba esta misión cuando ya la Providencia señalaba a España una nueva, no menos grande, no menos gloriosa, no menos útil a la grandeza del Reino de Dios en la tierra: el descubrimiento y la cristianización de un nuevo mundo. Los descubrimientos geográficos de España en el siglo XVI se llevarían a cabo bajo el signo de la cruz, como anteriormente, bajo el mismo signo, se había llevado a cabo la Reconquista.

Y éste era el premio merecido por un pueblo que, caso único en toda la Europa medieval, derramó lo mejor y más noble de su sangre en los campos de batalla en defensa de la Cruz y de la religión y que preparó la espléndida floración de figuras tan eminentes en santidad como las que descollaron en el siglo XVI: San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, el Beato Juan de Avila, San Pedro de Alcántara y tantos otros.

* * *

Paralela a la escena que hemos descrito en la Alhambra de Granada, tenía lugar otra, quince meses después, en el Salón del Tinell del Palacio Real de Barcelona. El 15 de abril de 1493, Cristóbal Colón se presentaba a los Reyes Católicos para darles cuenta de la realización de sus planes y de cómo, a lo que él creía, quedaba descubierta el camino que debía de comunicar con las islas de las Especias.

El recibimiento fué fastuoso. Jóvenes nobles le salieron al encuentro, y una diputación de la corte le recibió a las puertas de la ciudad. Delante de él iban los indios que había traído consigo, en su adorno nacional, conduciendo los animales raros y plantas y adornados con joyas de oro. Los soberanos, con la corona en la cabeza, se pusieron en pie cuando llegó. No querían permitir que besara la mano que le alargaron, y le mandaron sentarse en su presencia: honor sin igual para él en la ceremoniosa corte española. Colón dió cuenta de su viaje y de sus resultados. Se abrió para los españoles un mundo nuevo lleno de esperanzas y de promesas.

Si el espíritu de cruzada es la sobrenaturalización de alguna gran empresa nacional, no hay duda que el des-

cubrimiento y colonización de América se hicieron con auténtico espíritu de cruzada.

Ciertamente que al lado de esta gran idea existieron otras, tales como la de buscar un nuevo camino para comunicar por Occidente con las islas de las Especias, en un momento en que los turcos habían cerrado, o al menos hacían inseguro, el de Oriente. Es verdad que los portugueses habían ya descubierto el nuevo camino marítimo que, bordeando África y atravesando el Océano Índico, conducía a ellas, pero lo mantenían secreto y, además, era muy largo y peligroso. Había, por otra parte, el deseo de hallar grandes tesoros en los remotos y fabulosos países de Cipango y enriquecerse fácil y considerablemente.

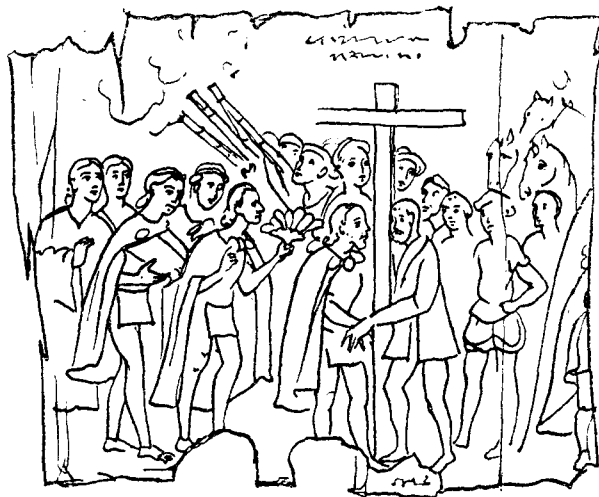
Pero que la idea dominante, la que sobresalía por encima de todas las demás, era la de la cruzada, se ve fácilmente. Fijémonos, por de pronto, en el mismo Colón.

Cuando daba cuenta a los reyes de su viaje, de los nuevos países y de sus productos, habló con seguridad de la liberación del Santo Sepulcro, para lo cual prometió enviar él mismo, con sus propios recursos, 4.000 jinetes y 5.000 infantes. Cuando en 1497 se le dió licencia para instituir un mayorgazo en su familia, Colón ordenó que su heredero depositara de tiempo en tiempo una determinada suma de dinero en el Banco de San Jorge de Génova, para poder ir a una cruzada, y cuando se reuniera un capital considerable, él mismo debía emprender la conquista de Jerusalén, caso de que ningún monarca fuese a ella. Siempre que confesase debía mostrar al Padre confesor aquel testamento, para que le preguntara sobre su manera de cumplirlo.

La fe de los conquistadores se ve, por ejemplo, en los nombres impuestos a las ciudades fundadas y a los países descubiertos: San Salvador, Concepción, Guadalupe, Santa Cruz, Santa Ursula, Nombre de Dios y tantos otros.

Es característico, y se ha hecho notar repetidamente, la diferencia entre la colonización española y la de otros países, concretamente Francia e Inglaterra, que por su parte descubrieron y colonizaron parte de lo que actualmente es Canadá y EE. UU.

España respeta la raza indígena, se funde con ella en gran parte y da lugar a la formación de una raza criolla, la cual, en el siglo XIX, instigada y apoyada por la masonería, hará la independencia de las naciones hispanoamericanas. Compárese con los feroces «matadores de indios» de América del Norte, que casi exterminaron a los indígenas, y con el escandaloso proceder de los gobernadores inglés y francés, que llegaron a ofrecer y a pagar una prima por cada cabellera de indio, así fuese de hombre como de mujer o de niño, que se les presentara.



Lienzo indígena de la Colección Boturini (Museo Nacional de México), que representa a Cortés enarbolando la Cruz, ayudado por un cacique indio

También se ve cómo la idea católica dominaba a los conquistadores, lo mismo que a los reyes y gobernantes españoles, por el hecho de que a cada expedición acompañaban misioneros, para que convirtieran y bautizaran a los indígenas, y por el cuidado que se tenía de erigir diócesis nuevas, que a final del siglo XVI sumaban ya varias docenas y se había realizado prácticamente la conversión total de la gran parte del continente americano que España había colonizado.

* * *

Pero no es tan sólo en América donde se decubre el espíritu de cruzada de la España medieval. Es en todas sus manifestaciones a lo largo del siglo y medio de hegemonía española en Europa.

La Guerra Santa en defensa del catolicismo en todos los campos, sentida y apoyada por dirigentes y dirigidos,

que dan su dinero, exponen su prestigio y derraman prodigamente su sangre en todos los puntos en que los intereses católicos están amenazados.

Es precisamente a la luz de este espíritu cómo debe estudiarse la historia de la España imperial, y así cobra nuevo realce su actuación tan compleja. Es el espíritu de cruzada que empuja a los teólogos y filósofos españoles a luchar contra los protestantes y a ocupar un puesto de honor en el Concilio de Trento, el de la gran reforma católica, el que lleva a la lucha armada contra los mismos herejes desde Mühlberg a Rocroi y el que prepara la Armada Invencible donde se arruina la supremacía marítima de España.

Continuación del espíritu de cruzada medieval es el de las luchas contra moros y turcos en el Norte de Africa y que concluía en la batalla de Lepanto, «la más grande jornada que verán los siglos».

Domingo Sanmarti Font

(Viene de la página 183)

al alcance de todos, y sacrifica con ello todas sus cualidades. Por lo tanto, «su gloria no aparecerá mientras viva a los ojos de los hombres» (7), «los altos muros del convento la aislarán del mundo; el velo de religiosa esconderá su figura; su inteligencia quedará igualmente velada; su arte de conversar, su ingenio, su gracia narrativa, sus cualidades excepcionales pasarán desapercibidas. Será auxiliar del refectorio, quitará las telarañas de la despensa, barrerá los claustros, escardará el jardín y largas horas transcurrirán en el lavadero entre el agua helada o los vapores sofocantes de las coladas veces y veces repetidas; los impulsos de su corazón ardiente serán estrujados para cumplir la regla; renunciará al calor familiar de la compañía de sus hermanas para alegrar con su caridad el ánimo de las religiosas más desagradables; la incomprensión y los descuidos harán de su vida un martirio y arruinarán su salud. Nada de esto se oculta a su clarividencia, pero no retrocede; al contrario, avanza alada, ingrátida, sonriente, cubre con pétalos de rosa las espinas más punzantes y aun considera que el desprecio sería demasiado para ella y «se apasiona por el olvido» (8).

A pesar de que «nunca ha negado nada al Señor» (7) y sigue fielmente el camino que El mismo le ha señalado, ve que a los que como ella militan bajo la bandera de Cristo Rey levantada por San Ignacio, aunque tengan la seguridad del triunfo definitivo revelada a Santa Margarita María, exige un esfuerzo colectivo y universal, y por más que ella avanza, intrépida, al frente de la legión que levantará sobre el pavés al Rey del Cielo para «coronarle y someterle el reinado de los corazones» (3), cree que no hay bastante con sus obras y sueña multiplicarlas hasta el infinito. Ejemplo vivo de la Cruzada de Oración y Penitencia, presiente que, más adelante, en los lugares donde Satanás pueda quitarse impunemente la careta humanitaria y liberal, ya no bastará esto y no quiere ser ajena al riesgo de las cruentas batallas que al fin serán necesarias y al tormento de los mártires, que los habrá a montones; quisiera, además, tomar parte activa en la evangelización de las misiones y en los oficios del sacerdocio de este ejército ha de superar aun a los más valientes y ser, al mismo tiempo, aliento, apoyo y estímulo de los débiles, junto a los actos más heroicos, reservados a las almas grandes, sobrenaturaliza los más vulgares, que están santo; por esto, en arrebatada y vibrante melodía, exhala su amorosa queja: «Ser vuestra esposa, ¡oh, Jesús!, ser carmelita, ser, por mi unión con Vos, madre de las almas, debería bastarme. Sin embargo, siento en mi otras

vocaciones; de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir; querría llevar a cabo las obras más heroicas; me siento con el valor de un cruzado y quisiera morir en el campo de batalla en defensa de la Iglesia; querría iluminar las almas como los profetas y los doctores; querría ser mártir, sufrir los tormentos inauditos reservados a los cristianos que vivan en tiempo del Anticristo, y quisiera, por fin, llevar a cabo, desde el principio y hasta el fin del mundo y en todos los lugares, todas las acciones de los Santos que están escritas en el Libro de la Vida» (9).

Anhelante, busca el medio de satisfacer estas ansias, que por sí solas ya constituyen un martirio, y lo encuentra al no reconocerse en ninguno de los miembros del cuerpo místico de la Iglesia, precisamente porque quería reconocerse en todos. Entonces «la caridad le dió la clave de su vocación. Comprendió que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no le faltaría el más necesario y el más noble de todos; comprendió que tenía un corazón y que este corazón ardía en amor; que sólo el amor movía a los demás miembros, y si el amor se extinguía, ni los apóstoles anunciarían el Evangelio, ni los mártires tendrían valor para derramar su sangre. Comprendió que el amor encerraba todas las vocaciones, que el amor lo era todo, porque abarcaba todos los tiempos y todos los lugares, ¡porque era eterno!», y en el exceso de su gozo delirante, exclamó: «¡Mi vocación es el amor! He encontrado mi lugar en el seno de la Iglesia, y este lugar, ¡oh, mi Dios!, sois Vos quien me lo ha dado: ¡en el corazón de la Iglesia, mi Madre, seré el amor!... ¡así lo seré todo, así mi sueño se realizará!» (9).

• • •

Siendo el AMOR su arma de combate, también podemos explicarnos las misteriosas palabras que pronunció la Santa antes de morir: «Siento que mi misión va a empezar.»

Precisamente ahora, ¿no vemos en su vida de oración y sacrificio, y en su identificación con el corazón de la Iglesia, el rayo de sol que, atravesando las nubes sombrías que nos envuelven, señala la estela luminosa que ha de seguir el ejército de cruzados de la oración y penitencia, convocado por el Papa Pío XII, para que el Año Santo sea, en realidad, una avanzada, un hijo, en el camino del Reinado Social de Jesucristo, que es donde está la verdadera paz y sólo puede obtenerse por la unión de todos los hombres en el amor de caridad, al abrigo del Corazón de la Iglesia?

M. L. Suñé

(7) «Historia de un alma».

(8) «Rosa deshojada», CRISTIANDAD n.º 15, nov. 1947.

(9) «Historia de un alma» Cap. XI.

¡Oh, pechos de hierro de los cristianos!

¡Oh cristianos crueles que no ven estas cosas, que no las oyen,
que no las creen!

En el Concilio Ecuménico V de Letrán, los obispos de las regiones orientales apelan a la conciencia de los cristianos de Occidente

Del discurso de Bernardo Zane, patricio de Venecia, doctor en arte y maestro en sagrada teología, arzobispo de Spalato, pronunciado en la sesión I del Concilio, mayo 1512.

...Me ocuparé de lo que amenaza nuestras mismas cabezas. No puedo, sin gran dolor, sin gemidos, sin lágrimas, pensar, recordar ni expresar el crudelísimo y furioso poder de los turcos. Estos, como muy bien sabe Vuestra Santidad, y lo sabéis también vosotros, ilustrados Padres, desde hace ya ciento ochenta años, esto es, desde el primer otomano hasta Bayaceto, el actual príncipe undécimo de los suyos, han ocupado la mejor parte del Asia. Después, una parte no menor de Europa, con grandísima efusión de sangre cristiana; usurparon, despojaron, hirieron, conquistaron y derribaron doce reinos e imperios y, lo que es más temible, dilataron el suyo hasta Dalmacia y Liburnia, desde donde puede, con toda comodidad, en una noche, alcanzar las ciudades piceninas, que pertenecen a Vuestra Santidad, esta gente desenfrenada, crudelísima e inimicísima del nombre cristiano. A su repugnante Mahoma creen hacer un gran obsequio cuando persiguen a los cristianos, los atropellan y los matan. Y sin referirme a las calamidades que se nos han causado por los mismos en tiempos pasados, por cuanto que son conocidas de todos vosotros; considerad, oh Padres del Concilio, los presentes sufrimientos de los cristianos, a quienes los turcos martirizan atrocemente: separando a los hijos de los brazos de sus padres, a los tiernos niños del pecho de sus madres, violando a las esposas en presencia de sus maridos, arrebatando a las jóvenes del abrazo materno para hacerlas instrumento de su hostil concupiscencia, matando a los padres ancianos, por inútiles, a los ojos de sus mismos hijos, unciendo a los jóvenes al arado y obligándoles a trazar el surco. Pero, ¿a qué proseguir? No hay en ellos respeto ninguno a la mujer, ninguna consideración para con los niños, ni lástima de los ancianos. Todo esto no lo digo, oh santísimo Pontífice y venerables Padres, de oídas o por haberlo leído, sino, en verdad, por haberlo visto. Yo los he visto, en efecto, los he visto, digo, con mis propios ojos, llegar hasta los arrabales de mi sede de Spalato, de aquella tristísima ciudad de Spalato, destruyéndolo todo, devastándolo todo por el hierro y el fuego y arrastrando a miserable cautiverio a hijos de tu Santidad y míos, pertenecientes a ambos sexos. Viéronlo también en sus ciudades doce sufragáneos de tu Santidad misma y míos. Está también presente aquí un testigo absolutamente digno de fe, el Ilustre primado de Hungría, que en estos días pasados, habiendo apreciado la ferocísima invasión de aquéllos sobre los nuestros, ha deplorado amarguísicamente el estado de Dalmacia, Iliria, Croacia, Panonia y de toda la religión cristiana. A menudo, muy a menudo, Padre santísimo, ¡ay, misero de mí; ay, infeliz!, mientras celebraba los divinos oficios, me he visto obligado a despojarme de mi capa y ornamentos episcopales, a tomar las armas y correr a las puertas de la ciudad y a consolar al afligido pueblo de Spalato a mi encomendado por tu apostólica benignidad, a animarle y a salir al encuentro del enemigo sediento de nuestra sangre.

Compadécete, pues, santísimo Padre y señor, de tus hijos y siervos; ayuda a los que soportan condiciones tan duras; redime de la miserable esclavitud a aquellos a quienes Cristo (bendito sea su nombre) liberó de perpetua muerte con su sangre preciosísima. Compadecednos también vosotros, oh Padres ilustres, y no os estiméis seguros porque os haya correspondido una residencia tal vez lejos de los turcos. Pues nadie está tan lejos que no pueda ser hallado. Si abandonáis en el peligro al vecino que ante vuestros ojos está amenazado por el fuego, seréis, a vuestra vez, abandonados por los vecinos que habitan a vuestras espaldas. Conviene que nosotros seamos, para con los demás, como queremos que los demás sean para con nosotros. No esperéis, ¡oh, alemanes!, ser ayudados por los franceses, si vosotros no ayudáis a los húngaros; ni vosotros, franceses, esperéis ser ayudados de los españoles, si no auxiliáis a los alemanes. «*Con la misma medida con que midiereis, seréis medidos*» (Mat., 6). Ni piense tampoco tu Santidad, beatísimo Padre, ni vosotros, ilustres Padres del Concilio, que los turcos son invencibles. Pueden ser y han sido vencidos a menudo. La muchedumbre con que vencen las más de las veces, llévanla inerme, fiando en la peligrosidad de sus caballos. Añadid que la mayor parte de sus súbditos son cristianos, ardentemente constantes en la cristiana religión, los cuales esperan con avidez la llegada de tu Santidad y, con ella, la ayuda, la redención y la liberación de su miserable esclavitud. Yo sé, y tengo la certeza de no engañarme (sólo con que no fallen los otros príncipes, que por otra parte, fallar no deben, si son verdaderos cristianos como quieren llamarse), que no faltará a tu Santidad quien le acorra en un peligro de tanta inminencia y aflicción como el presente. Pues soy conocedor, y lo es todo el mundo, oh sacratísimo Pontífice, de la fe de tu alma, de tu intrepidez, sabiduría, liberalidad y grandeza, que así en las demás cosas como en las que atañen a la defensa, propagación y conservación de la Iglesia de Dios, ha mostrado siempre. Y también sé y os garantizo con certeza absoluta que en una tan gran necesidad de defensa, ni el máximo esfuerzo de Su Santidad acertará a menguar su fe, ni lo espantoso del peligro su fortaleza, ni la miseria, finalmente, que amenaza (que Dios quiera no llegue) podrá impedir su liberalidad, sin que Su Santidad redima la mayor parte del género humano con su fe, rechace a los enemigos de la religión cristiana con su valor y dilate la Iglesia de Cristo con su grandeza. Por lo cual, oh piadosísimo y misericordiosísimo Dios, mira desde tu excelsa morada nuestras angustias. Pues sabes que nuestra voz no reclama de Ti otra cosa que tu gloria y la salvación de la grey del Señor. Recuerda, oh, Señor nuestro Jesucristo, que entregaste las llaves del Reino de los cielos a Pedro y a sus sucesores. He aquí a Julio, tu Vicario, sucesor de Pedro y no menor que él en autoridad. Atiende a los ruegos de Su Santidad y nuestros, y escúchanos desde tu excelso trono. «*No te acuerdes de nuestras pasadas iniquidades, antes apresúrate a anticiparnos tus misericordias. Ayúdanos, oh Dios nuestro salvador, por la gloria de tu nombre, y sé propicio para con nuestros pecados por causa de tu nombre*» (Salmo 78). Mira

con benignidad sobre tu pueblo. Da feliz curso a nuestras empresas, a fin de que, finalmente, reformada, mejorada y asegurada tu Iglesia, cantemos gloriosamente las alabanzas de tu majestad, te sirvamos perpetuamente y toda la tierra, junto con tu Vicario, nuestro padre y señor Julio, Sumo y santísimo Pontífice, adore y glorifique tu nombre por los siglos de los siglos. Amén.

Del discurso pronunciado por Simón Begnio, obispo de Modrusio, en la VI sesión, junio 1513.

... Pero interrumpió tanto gozo la pérdida de Constantinopla y de Pera, en la que el Emperador constantinopolitano fué quebrantado, y perdimos lo que nos quedaba en Oriente de fuerza y esplendor; pérdidas ya mucho antes Jerusalén, Antioquía y Alejandría, tres fortalezas poderosísimas de la Iglesia católica.

Después, por el esfuerzo del legado del Pontífice Calixto III y de muchos cruzados, defendieron los húngaros Belgrado, habiendo muerto a muchos enemigos y recogido enorme botín, que poco después pagamos con usura por nuestras disensiones y apatía, al perder el imperio de Trebisonda con toda la región del Ponto y el reino de Bosnia, con buena parte de la Iliria.

Hubiera recuperado todo esto Pío II, que no va a la zaga de ninguno de los Pontífices sus predecesores, por su prudencia y caridad para con los cristianos, si cuando trató estas cosas en el Concilio celebrado en Mantua no hubiese estado casi toda Italia en luchas y odios intestinos. Mas toda la esperanza de recobrarlo fué arrebatada por la intempestiva muerte de tan gran Pontífice. Y así, por nuestra culpa, un bien tan grande para nosotros se vió impedido; como hemos dicho, siguió viéndose impedido hasta hoy por los males, progresando más y más el enemigo, ya próximo y poderosísimo, y ocupando territorio cristiano...

Al azar he tratado estas cosas, Padres, para que recordéis lo ocurrido antes de nosotros, porque las cosas que suceden ahora pienso que no hay ninguno de vosotros que no las conozca tanto como yo o mejor que yo. Pues, ¿a quién no le llegó la fama de la nunca bastante deplorada derrota que sufrimos hace veinte años en Iliria? ¿Quién no ha deplorado la pérdida de las riquísimas ciudades del Oriente y del Epiro, arrebatadas poco ha por los turcos del corazón y de la vista de los cristianos? No diré de las naves quemadas, de las galeras perdidas, del desprestigio en que hemos caído desde entonces.

¿Quién ignora, además, que en este mismo año la campaña de Zara ha sido devastada cinco veces por los turcos y asolada con el hierro y con el incendio? Escardona, la ciudad de la célebre Asamblea, atacada con frecuencia este mismo año, y, como hemos visto recientemente, pérdidas cuatro fortalezas junto a ella, ha sido defendida más por la vigilancia de Dios que por la de los hombres.

Mas que en la diócesis de Modrusio, a la cual, aunque indigno, presido yo ahora, se hacen continuas incursiones, los poblados son incendiados, las plazas invadidas, y que durante estos dos últimos meses, por dos veces tomada y destruida, han sido llevados, ¡oh, dolor!, como cautivos, más de dos mil cristianos, ¿quién hay que no lo haya ya oído, que no lo haya lamentado, a no ser nosotros, que aquí en la ciudad nos reunimos, oímos y no atendemos?

No hablaré de la restante ribera del mar Adriático y de toda la Dalmacia, que con asiduas incursiones se ve afligida en grado sumo, porque cuanto había en ella de fuerzas de a pie o de caballería ha sido atraído por los tumultos de Italia. Y, sin embargo, si no fuésemos defendidos por la vigilancia y la escuadra siempre fuerte de Venecia, y si los dálmatas no fuesen también belicosos, desde hace tiempo, quitado de enmedio el obstáculo que

oponen, destruidas sus fortalezas, hubierais visto a los turcos dentro de Italia. ¿Qué diré de los húngaros, en quienes se halla tan gran fervor para luchar por el nombre de Cristo, que no temen en cualquier momento luchar unos pocos contra gran número de turcos? ¿Qué de los polacos, cuyo valor contra todos los enemigos de Cristo está de tal modo despierto, que nunca descansan de guerrear contra los turcos, los tártaros, los rusos y los válcicos y otros bárbaros semejantes a ellos?

Si os faltase su defensa y no los tuvieseis como muralla, experimentaríais, ciertamente, qué cosa sea la rabia y crueldad de los turcos. Experimentaríais, ciertamente, cuán fuertes son en las armas estos enemigos. Vese esto probado por la derrota, desde hace diez años, de los ejércitos húngaros y por sus cinco plazas fortísimas de la Iliria perdidas en estos últimos seis meses, habiendo sido reducidos a cautividad los habitantes de la región.

¡Oh, pechos de hierro de los cristianos! ¡Oh, cristianos crueles, que no ven estas cosas, que no las oyen, que no las creen!

En otros tiempos, la sola opinión de Catón, manifestando en una asamblea la perfidia africana, llevó al Senado y pueblo romano a declarar que Cartago debía ser destruida. Y a nosotros, ¿la pérdida, en poco tiempo, del Asia, del Africa y de una parte grande ya de Europa, los continuos desastres y lágrimas de los cristianos no nos mueven? ¿No nos atemoriza un enemigo más próximo, más poderoso, más cruel? Están aquí muchos de los nuestros que acaban de perder sus esposas, sus hijos y todos sus bienes, que han acudido a mí en su miseria, implorando consuelo y auxilio. Ojalá pudiese yo hacer patentes hoy, a vosotros, también sus heridas recientes y sangrantes. Pero, ¿hasta cuándo soportaréis un enemigo tan cercano? ¿Hasta cuándo le llevaréis como clavos en vuestros mismos ojos y lanzas en vuestro corazón? ¿Acaso esperáis a que ocupe Rodas con una ingente escuadra, ya dispuesta, o a que devaste Italia? Temo, en verdad, temo, y estad ciertos que lo que tememos ocurrirá, si no se pone remedio a ello. Creedlo firmemente, Padres, que cenarán pronto con vosotros los que han comido con los que hemos dicho.

Muchas cosas callo que, porque las ha visto y padecido nuestra edad, juzgo preferible no recordarlas, para que no se recrudezcan profundas heridas.

Sólo esto no puedo, en manera alguna, omitir: Que hay que considerar como mucho más felices que los italianos y que los demás pueblos cristianos a aquellos que luchan por la fe contra los infieles y herejes, que vierten su sangre por la santísima religión contra la horrible secta, que por Dios contra el torpísimo Mahoma exponen su cuerpo a sus dardos y corren al encuentro de la muerte.

Aquellos, en cambio, qué sea lo que hagan por el poder de unos pocos, por odios privados, por rivalidades, dígalos Brescia, cuéntelo Ravenna, refiéralo la Etruria, expongan sus calamidades el Norte de Italia, Francia, la Liguria. Cítese a Garellano, testigo de la victoria; interróguese a los sepulcros urbanos; hágase que nos lo expliquen España e Inglaterra. ¿Qué más diré? Examinad a toda Europa, y en verdad que oiréis la sangre que clama desde la tierra, las voces de los muertos diciendo: *Vindica Domine, vindica Domine, vindica Domine sanguinem nostrum qui effusus est.* (Venga, Señor, nuestra sangre, que ha sido derramada.) Y lo que es más absolutamente detestable, como si fuese poco que la sangre italiana sea derramada por los mismos italianos, se ofrece también a las naciones extranjeras. Podría hablar aquí de aquella perniciosa invasión de la Calabria y de las continuas incursiones de los enemigos de nuestro nombre por el mar Tirreno. Pero hablaremos mejor de todo esto cuando, pacificadas las cosas de Italia, que juzgo son el principio de todas las guerras que hoy están encendidas, llegue, por fin, el tiempo de la santísima expedición.

(Fragmentos traducidos de Acta Concillorum de Harduinus, París MDCCXIV)

DOCTRINA DE PUEBLOS

CERRAMOS con este envío un nuevo capítulo, o mejor dicho, una nueva etapa de nuestros ensayos para entender, o dar a entender cuál puede ser una trayectoria de cristiana razón en este atormentado y confuso mar de nuestros días.

Lo que vamos a iniciar ahora ni es ni puede ser más que esto, una iniciación tímida de un argumento tan importante, que según entendemos no puede ser abordado completamente más que por una institución dotada de medios sobrenaturales. Creemos, sin embargo, que sin entender de la solución podemos y debemos referirnos al problema, por cuanto de la coincidencia de nuestras apreciaciones con las de otras gentes de buena voluntad puede surgir un clima adecuado en el que la idea venga a prosperar.

Hemos dicho otras veces que estamos, posiblemente, viendo los últimos momentos de una pugna dramática entre dos formas distintas de un mismo materialismo, y hemos dicho también repetidamente que de este materialismo no podía surgir ninguna solución aceptable. La realidad ha venido y viene confirmando cada día la inutilidad de cuantos esfuerzos ha venido realizando el materialismo para dar forma viable a la unión materialista de los pueblos. La Sociedad de Naciones y la O. N. U. son ya fracasos que no admiten el más leve paliativo.

Al hablar de una total y diferente concepción de la forma futura del mundo constituido en sociedad cristiana, como rectificación ineludible de la forma de sociedad materialista que fracasa, hemos hecho referencia a la necesidad en que se hallará dicho mundo de definirse, mediante unas leyes derivadas de lo que venimos en llamar Doctrina de Pueblos.

Como cristianos poseemos la Ley de una Doctrina de Gentes, y nosotros hablamos ahora de una Doctrina de Pueblos. Para entender nuestro argumento es preciso nos remontemos a alguna consideración preliminar que nos servirá de pauta al desarrollo de la idea.

Al tratar de definir, hace ya mucho tiempo, cuáles podrían ser las condiciones indispensables a la realización de cualquier empresa humana, llegamos a la siguiente fundamental definición: Para que una empresa pueda ser considerada como dentro de un orden solvente moral y material es preciso el concurso de los tres fundamentos siguientes: Doctrina, Ley y Fuerza. Todo cuanto se defina sin tener en cuenta estos tres principios relacionados por este mismo orden está destinado al fracaso.

En la Doctrina está la génesis de toda idea. Sin una idea generadora no hay empresa posible. La idea generada en Doctrina se ordena mediante la Ley. Sin ley ordenada de la idea no hay empresa posible. La Ley que ordena la idea contenida por la Doctrina toma forma efectiva mediante la Fuerza. Sin una Fuerza consciente y ordenada no hay empresa razonablemente posible.

En muchas ocasiones hemos asistido a un sin fin de fracasos en empresas que han nacido huérfanas de alguno de estos tres fundamentales principios. En otros casos, el fracaso ha sido consecuencia de la desordenada aplicación de estos conceptos.

Volviendo al tema apasionante del momento del mundo y partiendo como siempre del hundimiento inevitable del materialismo como punto de partida de nuestro pensamiento, hemos llegado a la conclusión de que un movimien-

to de orden espiritual, y, por tanto, opuesto, por antagonismo irreductible, a la síntesis positivista que se hunde, va a producirse en cualquier momento.

Siguiendo la pauta que nos traza la forma en que se precipitan los acontecimientos, con este ritmo cada vez más vertiginoso que determina el progreso científico, hemos de entender, y así lo entendemos, que la forma anterior de un mundo parcelado y contenido en estados aislados y perfectamente independientes va a ser sustituida por una nueva concepción más en armonía con las razones físico-políticas que nacen de la intercomunicación. Ya los conflictos entre pueblos no pueden ser localizados, y así hemos visto, después de dos guerras totales, agitarse a los dirigentes de los distintos países, en afanes más o menos conscientes, en busca de un orden estable internacional.

De aquí nace la necesidad de una acción o empresa conjunta de los pueblos que viene a sustituir, magnificándola, la empresa que hasta ahora ha sido patrimonio nacional del individuo.

De esta necesidad de relación entre los pueblos nace la aspiración que sentimos hacia una empresa ordenada y consciente, que sólo puede producirse mediante lo que venimos en llamar razón fundamental de una Doctrina de Pueblos. Vamos a tratar de definir a grandes rasgos lo que entendemos por esto.

Una liga o sociedad de naciones necesita de un argumento aglutinante. Este argumento puede ser de orden material o inmaterial. Si es material se refiere a la estructura y movimiento de los pueblos y puede definirse como político o económico. Si el argumento es de orden inmaterial y se refiere a la razón de ser y de sentir de las gentes, es necesariamente religioso.

Hasta el momento presente, después de estas dos guerras y en el filo de esta tercera convulsión que se avecina, los pueblos han tratado de unirse por impulsos de ambición material aglutinados por el oro o por el miedo. Hemos hablado ya del fracaso de estas tentativas y también nos hemos dado, como punto de partida al argumento que desarrollamos, la inevitable y desconsoladora perspectiva de esta tercera convulsión. Pues bien, para este momento que viene los pueblos buscarán unirse alrededor de un argumento inmaterial aglutinados en y por un impulso religioso.

No hay nada ni nadie que pueda desviar nuestra idea de esta profunda convicción. Es, pues, justificado que para este momento inmaterial del mundo, el hombre consciente propugne por hallar y otorgarse un auténtico argumento doctrinal que dé sentido y razón a sus ideas y movimientos. De esta aspiración nace la necesidad de construir algo que venga a llenar el vacío que deja la falsa doctrina materialista que sucumbe. Este algo no es problema para el cristiano en cuanto a su condición individual, ya que su doctrina cristiana le da principios y normas invariables que han de perdurar hasta el fin de los tiempos. Un argumento nuevo le es, sin embargo, necesario para encuadrar y definir la relación de las distintas comunidades o sociedades humanas, en función coordinada dentro de una ley general a todos los pueblos. De aquí nace la necesidad imperiosa de preocuparse y ocuparse de cuál puede ser el argumento de esta Doctrina de Pueblos.

Sería absurdo pretender, como decimos antes, improvisar sobre este tema, pero entendemos que es adecuado

hablar de él y, sobre todo, ocuparnos de saber a quién puede corresponder la misión fundamental de construir este argumento.

Hemos partido de la firme convicción de que el momento que viene será necesariamente un momento religioso del mundo. Hemos de pensar también que, como consecuencia de esta razón, va a producirse un amplio movimiento espiritual destinado a definir e instituir una nueva moral y una nueva ética de los pueblos. Hemos dicho que las sociedades materialistas y sus representantes no podrán entender más de estos problemas, en el momento en que vengan arrastrados sus últimos argumentos y sus últimos representantes por el ímpetu furioso de las fuerzas que su fracaso total habrán desencadenado. Pues bien, si nada de lo anterior queda, y nadie puede destacarse como continuador de dicho fracaso, es necesario convenir en el peligro inmenso en que se hallarán las sociedades humanas, desamparadas frente a este tremendo vacío. El pensar en las improvisaciones, que son siempre mal menor de estas coyunturas atropelladas, se nos antoja a nosotros como algo tan desconsolador que no es de extrañar nuestra inquietud y nuestro profundo pesimismo.

En momentos anteriores de guerras o trastornos, mientras los accidentes no eran fatales de fondo y forma, era posible conllevar la destrucción de una parte del mundo merced a la estabilidad y persistencia de la parte no afectada. Ahora, y frente a la inconcebible coyuntura de un accidente total de fondo y forma, cuya incalculable trascendencia desborda la más exaltada especulación, se nos antoja a nosotros absurdo el pensar en estas improvisaciones que, nacidas de la desesperación, son siempre soluciones desesperadas. Frente a una coyuntura total de un mundo desorbitado, la improvisación debe deshecharse como tan grave enfermedad como es el accidente mismo. Es, por tanto, preciso, *desde ahora*, pensar en *quién* puede atribuirse la condición medianera entre el caos en que termina el accidente y la nueva concepción de vida que será necesaria para la recuperación. Este «quien» tampoco puede improvisarse.

Sólo la Iglesia de Cristo se salvará de este nuevo diluvio universal. Sólo la Iglesia de Cristo posee la infalible delegación de persistencia que el Señor le atribuyó hasta el final de los tiempos. Necesariamente, y piensen lo que piensen quienes entienden todavía que hablar de la Iglesia de Cristo como medianera de pueblos es una ingenuidad; piensen lo que piensen y digan lo que digan cuántos infatuados materialistas persisten en el error, la Iglesia de Cristo será mediadora de pueblos y fuente perenne de autoridad moral y material de los pueblos, como ha sido, es y será fiel depositaria de la Ley que Dios ha otorgado a los hombres.

Sabemos esto con una certeza inmovible, generada en el laboratorio de nuestra fría razón y madurada en el crisol apasionado de nuestro sentir cristiano. Sabemos esto y queremos anunciarlo *desde ahora* para tratar de crear, *desde ahora*, un clima adecuado a esta idea precisa, en el que puedan también madurar esta idea quienes, como nosotros, viven la angustia infinita de lo que podrá ser aquel momento crucial, sin otro recurso que el de la improvisación.

Predicando esto *ahora* ya cumplimos un deber elemental: el de destacar «inoportunamente» lo que vendrá llamado a ser una última oportunidad. Lo inoportuno sorprende, y para nuestra finalidad esta sorpresa nos basta.

Vamos a permitirnos «pensar en alta voz» sobre cuál podría ser la forma que se otorgará esta Doctrina de Pueblos.

Ya en tiempos pretéritos, la Iglesia de Cristo hizo de mediadora entre los pueblos, otorgando la sabia dirección de su arbitraje en problemas trascendentales. También la

Iglesia de Cristo ha sido, en una larga etapa de la historia del mundo, fuente necesaria de autoridad y fiel contraste que otorgaba su consagración a las nuevas dinastías de autoridad que se instauraban. En el momento actual nos encontramos ante los dos problemas planteados a la vez.

El principio de autoridad ha sido desviado del origen sobrenatural que otorga a Dios Nuestro Señor condición original de todo derecho cristiano, para encauzarlo, por surcos de democracia, hacia el despeñadero materialista. Por otro lado: Los pueblos materialistas van a sufrir, por causa de esta desviación trascendental, el más importante castigo que ha conocido la Historia y, como consecuencia de este castigo, van a encontrarse en la necesidad de estructurar un nuevo «orden de Pueblos», sin argumento a que referirse, ni organismo político capaz de estructurarlo.

En esta situación, frente a esta trascendental coyuntura, y partiendo naturalmente de la relación de causa a efecto, se nos ocurre que es condición primera ineludible la que se venga a establecer una vez más, y de manera indiscutible, cuál debe ser la fuente original de autoridad que se instaure, partiendo del principio de Dios, para todos los pueblos cristianos del mundo. No queremos ni podemos especular sobre cuál o cuánta puede ser la forma que se establezca para decidir sobre tan debatida cuestión. El mundo intercomunicado y el progreso constante de las ciencias determinan una condición de vida material posiblemente distinta de cuanto hemos conocido. Es, por tanto, de razón el que, frente a este vacío presente y esta inquietante incógnita del futuro, nos remitamos a la única solución auténtica que el mundo posee para que dictamine y resuelva sobre esta espinosa cuestión. Entendemos, naturalmente, que la Iglesia debe definir la *Doctrina*, marcando con ella el cauce en el que se dará forma a la *Ley*.

La segunda premisa será, indudablemente, la de venir a trazar las normas del nuevo «orden de Pueblos» que va a necesitar el mundo para que estos pueblos puedan coexistir.

Sin una Doctrina de pueblos es ya espiritual y materialmente imposible mantener por más tiempo una ficción de armonía. El «equilibrio europeo», la «Sociedad de Naciones» y la «Organización de Naciones Unidas» son ya bastantes demostraciones de incapacidad, y las guerras que subrayan o van a subrayar cada uno de estos tres accidentes son, y van a ser, expresión dramática de la insuficiente virtud de esta prolongada mentira. Los pueblos necesitan ya de una Doctrina que exprese cuál es su condición y en qué forma esta condición se define y relaciona. Sin la relación coordinada de los pueblos es ya imposible, según desgraciadamente se ha visto, su convivencia pacífica. Son muchos los contactos espirituales que rapidísimamente se establecen entre gentes distantes, merced a la prodigiosa intercomunicación que nos llega a través del espacio. Estos contactos pueden ser beneficiosos o decisivamente perjudiciales. En una Doctrina de pueblos puede venir a definirse cuáles son las normas o pautas morales que pueden servir de vehículo a la buena idea y cuánto o cuál puede ser el margen admitido de libertad que se concede a los pueblos para expresarse a través del aire. La causa del mal, que tan fácilmente puede difundirse y que vive latente en el fondo de cada individuo, debe también ser enjuiciada, en estos gravísimos momentos, en su aspecto de trascendencia internacional, a fin de que pueda dejarse *perfectamente delimitado el campo del error*, sin que la transigencia o la amable disposición de gobernantes inconscientes pueda servir de medio al germen de mentira que la causa del mal prodigamente distribuye. Una Doctrina de Pueblos debe decidir sobre cuáles «doctrinas» negativas deben ser expulsadas del orden cristiano, como contrarias al bien de estas nuevas sociedades. El dejar sin la clasificación de un juicio inexorable y a

PLURA UT UNUM

disposición de la diversa interpretación o ligereza de las gentes esta doctrina de negación y de abominio, es tanto como admitir la conveniencia del germen de infección en el torrente circulatorio de nuestra propia sangre. En realidad, no debe considerarse exagerada esta figura en un mundo en que la infección de una noticia se propaga a ritmo tan vertiginoso, que hemos visto ejemplos, como el del asesinato de Ghandi, en el que el mundo entero sabía del accidente cuando todavía no había llegado a enfriarse su cuerpo.

En el orden espiritual es necesaria la definición del principio y fundamento de estas nuevas sociedades. Entendemos que con lo que antecede queda suficientemente esbozado el camino a seguir.

Pasemos a la necesidad material de un nuevo orden de pueblos.

Los pueblos, teóricamente unidos por un argumento de orden espiritual, necesitan también cada vez más de una e importante ley de relación que resuelva el cada vez más acuciante problema que crea el acortamiento de las distancias que nace del progreso de la intercomunicación. Hace aun relativamente poco tiempo, los distintos países podían vivir en diferente condición por dos distintos motivos: la dificultad de transporte y acarreo, y la lentitud con que se transmitían las noticias. No sólo se vivía distinto, sino que se ignoraba prácticamente en un país cuál era la auténtica condición de vida de países lindantes. Las mismas guerras de hace cien años eran todavía, y en su mayor parte, problemas de estrategia, en los que el lento y costoso desplazamiento de tropas e impedimentos formaba el núcleo de la dificultad. Hoy día, con la cada vez mayor facilidad de transporte de personas y productos, la fisonomía de los distintos países está sufriendo una trascendental evolución. Hace poco tiempo, alguien nos comentaba la impresión que le había causado el observar, en un poblado de Africa central, el vecinaje de modernísimos aparatos de técnica americana, con enseres de ajuar indígena, equiparables, todavía, a los que conocían en la edad de piedra.

Prácticamente, la teoría de países estancos comprimidos por leyes proteccionistas nacidas de la concepción o conveniencia de otras políticas y de otros tiempos, va derrumbándose para dejar paso a la imperiosa necesidad que el mundo experimenta de compensarse. Las deficiencias peculiares a la economía de cada país deben y pueden ser compensadas con las suficiencias que se producen en otros de distinto signo económico, pero además, y esto es trascendental, la relación de cada situación puede establecerse en todo momento y ser conocida y difundida por

todo el mundo. Esto crea un complejo político-económico de mutua compenetración que hace que las gentes comprendan cada vez menos estas medidas arcaicas de proteccionismo y estas «suficiencias» improcedentes de los totalitarismos, dirigidas hacia la autarquía de sus países. La teoría de países estancos va a sufrir, en esta nueva guerra, una definitiva derrota, y los países, sometidos a la disciplina de un concepto más amplio de los problemas económicos, se ajustarán por decantación a lo que mandan sus naturales condiciones de clima y suelo.

Para estos problemas de orden material derivados de la nueva situación de vida relacionada de los pueblos serán precisas leyes más amplias que, dando libre curso a la normal generación y distribución de los productos, den al traste con las absurdas concepciones de los intervencionismos. No sabemos qué forma adquirirá una sociedad de pueblos viviendo en tan diferente condición, pero es fácil inducir la necesidad de normas que vayan encauzando, dentro del mismo cristiano sentido, a estas sociedades evolucionadas. La Doctrina de Pueblos debe definir y dar sentido a cuantas aspiraciones o ansias de bien estar se produzcan en los distintos estamentos. La Iglesia de Cristo no puede estar, ni ha estado nunca, al margen de estas atenciones de orden material de la vida del individuo y, desde los albores de la era cristiana hasta nuestros días, ha venido dando normas destinadas a disminuir los contrastes y a mitigar las estridencias que se producen entre seres humanos de diferente condición, como consecuencia de la torpe disposición de nuestra naturaleza egoísta y codiciosa.

En lo espiritual y en lo material se imponen nuevas leyes nacidas de distintas doctrinas. Las leyes las irán haciendo los hombres en sucesivas adaptaciones ajustadas a la necesidad de los distintos momentos. Las doctrinas deben nacer de una sola fuente original de derecho nacional e internacional, y este argumento de derecho cristiano sólo puede entenderse mediante el acatamiento incondicional y colectivo al principio de la presencia de Dios Nuestro Señor en el punto inicial de toda doctrina. Para definir toda esta razón sólo existe en la tierra, por la gracia de Dios, un organismo estable capaz de emprender esta misión trascendental: la Iglesia de Cristo.

Esto es inevitable y vendrá necesariamente, antes o después, a producirse en el mundo. Antes o después... ¡Qué tremenda diferencia podría derivarse del establecimiento anticipado de esta Doctrina de Pueblos! Desgraciadamente, estas reacciones se producen después. Nosotros creemos cumplir con nuestro deber diciéndolo *antes*.

C.

QUIERA DIOS OTORGAR A LOS PRINCIPES CRISTIANOS OTRO ESPIRITU...

¡No dejes, lector, de considerar íntegras las palabras que el Papa Pío II dirigía a su tiempo! Las hallarás en las páginas 184, 185 y 186 del presente número.

NON SACRA PER HOMINES INMUTARI FAS EST, SED HOMINES PER SACRA
(De Egidio Canisio de Viterbo al Concilio de Letrán)

HACIA LA MOVILIZACION GENERAL DEL PUEBLO CRISTIANO

Una cruzada necesaria y santa

V hora del poder de las tinieblas para cribar como **VERDADERAMENTE** pudiéramos decir que ésta es la go a los hijos de elección; la tierra se consume y desfallece, inficionada por sus habitantes, pues han quebrantado las leyes, han alterado el derecho, rompieron la alianza eterna. Nos referimos a las cosas que veis con vuestros mismos ojos y que todos lloramos con las mismas lágrimas. La maldad se regocija alegre, la ciencia se levanta con atrevimiento, la disolución sin freno. Se desprecia la santidad de las cosas sagradas, y no sólo se desprecia la majestad del divino culto que tanta necesidad entraña, sino que se mancha y escarnece. De aquí que se corrompa la santa doctrina y que se diseminen con audacia errores de todo género. Ni las leyes divinas, ni los derechos, ni las instituciones, ni las más santas enseñanzas están a salvo de los maestros de la impiedad.

Las palabras que acabamos de transcribir cuadran perfectamente a nuestros días. Desde la época de Gregorio XVI (1), el mal ha ido en continuo aumento y las ruinas de toda clase se acumulan en el mundo entero. Verdaderamente parece ser la hora del poder de las tinieblas. El ateísmo militante que ha esclavizado naciones enteras, y de entre ellas algunas de las que más se han distinguido por su fidelidad y sumisión a la Iglesia de Cristo y a su Vicario en la tierra, se levanta con sin igual soberbia, presto a lanzarse al asalto de los pueblos que todavía conservan, por la providencia de Dios, cierto grado de libertad y la posibilidad de acudir a los templos a impetrar la protección de lo alto. Pero todavía en muchos Estados, libres de la tiranía soviética, se manifiesta con todo su descaro y honda peligrosidad la maldad de unas doctrinas que, apartando a los hombres de su Señor y de su Rey, preparan el advenimiento del más terrorífico poder que vieron los siglos.

Como ha escrito el P. Ramière, la sociedad, al renegar de la soberanía de Jesucristo se ha entregado a la más abyecta esclavitud. Al despreciar los derechos reales de Jesucristo, los pueblos han abierto ancho cauce a todas las doctrinas enemigas de la libertad y de la dignidad humanas. ¿Qué tiene de extraño que el mundo se halle al borde mismo de la más espantosa de las catástrofes?

Y es en estos instantes cruciales, cuando la humanidad entera se está jugando su porvenir, que podría ser quizá definitivo, por lo menos en muchos años, que aparecen de todos lados ofrecimientos y fórmulas en las cuales sus autores y propugnadores cifran la salvación de las naciones y el establecimiento de un perfecto orden, de una clara armonía, en el cuerpo social.

Desde la panacea de la Carta de San Francisco, que había de servir de base para «el mantenimiento de la paz y seguridad mundiales» y que aseguraría unas «relaciones pacíficas y amistosas basadas en los principios de igualdad de derecho y de autodeterminación de las naciones del mundo» (2); pasando por los cantos de sirena que presentaban la libertad de conciencia como baluarte de fortaleza y fuente de felicidad (3), hasta llegar a la «cruzada moral», sin Cruz, sin Dios y tal vez sin un mínimo de

decoro político (4), todo ha sido ensayado, todo ha sido coreado por los corifeos del liberalismo, del justo medio y de la teoría malminorista —convertida por muchos de sus adeptos en cómodo y positivo ideal—, para hacer salir a la sociedad de su peligrosísima situación.

Y todo ha sido en balde. ¿De qué habrán servido los millones de dólares entregados a algunos Estados europeos sino para prolongar tan sólo, en el mejor de los casos, el provisionalismo que parece presidir su vida toda? ¿De qué aprovechan los jaleados triunfos de las fuerzas políticas de una democracia cristiana, más presta a defender la libre actividad y desarrollo de las agrupaciones enemigas de la Iglesia y de la misma sociedad civil que a enarbolar los principios indestructibles de un orden social verdaderamente cristiano? ¿Y de qué nos servirán tantos y tantos organismos internacionales colocados bajo la férula disimulada de las logias; tantos y tantos proyectos de unidad europea, de fraternidad atlántica, de alianzas forjadas por el miedo y el terror, y las peroraciones repetidas de los hombres de gobierno, que en un continuo desmentirse y rectificarse trañan seguramente de esconder las finalidades a largo alcance de los directores de escena de la vida política?

¡Con cuánta exactitud se han cumplido las aleccionadoras palabras de Su Santidad el Papa Pío XII, felizmente reinante, pronunciadas en uno de los momentos más febriles de la pasada conflagración! «No sería la primera vez —decía el Pontífice— que hombres que están para ceñirse los laureles de victorias de guerra, soñaran con dar al mundo una nueva ordenación, señalando nuevos caminos que conducen, a su parecer, al bienestar, a la prosperidad y al progreso. PERO TODAS LAS VECES QUE CAYERON EN LA TENTACIÓN DE IMPONER EL DICTAMEN DE LA RAZÓN, DE LA MODERACIÓN, DE LA JUSTICIA Y DE LA NOBLE HUMANIDAD, SE VIERON CAER Y SE ASOMBRARON AL CONTEMPLAR LOS RESTOS DE LAS ESPERANZAS FALLIDAS Y DE LOS PROYECTOS FRACASADOS» (5).

Una vez más se ha realizado tan gran verdad. Una vez más, los poderosos de la tierra que se alejaron de Dios y fiaron en las solas fuerzas humanas la solución de los problemas planteados entre los pueblos y aun en el seno de cada nación, han podido contemplar en qué paraban tan «falaces ilusiones» (6) de una grandeza y de una prosperidad fundamentadas en la fuerza de las armas y en la atracción de las riquezas y de los goces terrenos.

Quizás en ningún otro momento de la historia ha aparecido de un modo más evidente la desproporción fantástica de los problemas que se trataba de solucionar con los remedios que aconsejaban los sabios y experimentados hombres de Estado. Pero también en ninguna otra época se ha puesto de manifiesto, con su descarnada crudeza, la gravedad extraordinaria de los males que afligen en nuestros días a la humanidad.

* * *

VERDADERAMENTE PARECE SER ÉSTA LA HORA DEL PODER DE LAS TINIEBLAS.

NUNCA COMO HOY, LA MALDAD SE REGOCIJA CON SUS FÁCILES TRIUNFOS.

(1) Gregorio XVI. Encíclica *Mirari vos*.
 (2) Discurso del Presidente de la I Asamblea de la O.N.U. (10 de enero de 1946). Véase CRISTIANDAD, núm. 140, pág. 41.
 (3) Carta de Truman a S. S. Pío XII (6 de agosto de 1947). Véase CATOLICISMO O BARBARIE, Cap. III de la 2.ª parte, pág. 131 y ss.

(4) Véase CRISTIANDAD, núm. 145 pág. 167, UNA CRUZADA SIN CRUZ.
 (5) Pío XII. Mensaje de Navidad de 1941.
 (6) Pío XII. Mensaje de Navidad de 1943.

A LA LUZ DEL VATICANO

NUNCA LA CIENCIA SE HABÍA MANIFESTADO CON TANTO PODER Y SOBERBIA.

NUNCA LAS COSTUMBRES DISOLUTAS SE EXHIBIERON CON TANTO DESCARO Y DESVERGÜENZA.

¿Y qué leyes, qué derechos, qué instituciones y qué doctrinas se hallan a salvo de los enemigos de Cristo y de su Santa Iglesia?

¿Acaso podemos hallar una época similar en que aparezca tan violentamente desencadenada la furia satánica del ateísmo militante como se manifiesta en nuestros días?

¿Cuánña desorientación o cuánta maldad esconden los planes de ciertos dirigentes que parecen querer jugar con el futuro de los pueblos!

Las «penosas desilusiones» de que nos hablaba el Papa (7) no han servido, en muchos casos, más que para introducir y fortalecer entre algunos una suerte de pesimismo adormecedor y suicida, que ellos mismos califican pomposamente de optimismo positivo para ocultar quizás su peligroso indiferentismo.

Han fracasado todos los medios humanos, incluso los que parecían más razonables o mejor intencionados. ¿Y qué lección han sacado de ello los gobernantes?

Tal vez el resultado aparezca con perfecta claridad en el texto que comentábamos en el número anterior. De las palabras citadas del discurso de referencia, aparece con claridad meridiana que todo dique ha sido roto y que la confusión y el caos no distan mucho de ser la esperanza suprema de los que se creen todavía dueños y maestros de la humanidad. Nada hay en sus palabras que pueda revelarnos un rayo de luz en la obscuridad que rodea su pensamiento.

La paz que nos predica el mundo es la paz del temor, de la opresión y de la congoja; es la amistad entre los enemigos de Dios y los ateos prácticos; es el abrazo fraterno entre Lucifer y Satanás, entre sus súbditos dispersos y enemistados; es la paz del engaño, la paz del odio, la paz de la muerte; en síntesis, según su propia terminología, la paz atómica.

Esta es la paz que nos muestran los sabios, los poderosos, los grandes de la tierra.

Pero la Iglesia, el Papa, no nos habla así. No cuenta sus ejércitos, no abre sus arsenales, ni pasa balance a presupuestos fabulosos. Nada de esto.

Y, sin embargo, el Papa llama a los católicos a la Cruzada, a la gran Cruzada de los tiempos actuales. *Cruzada* que no nos trae el recuerdo del ensordecedor estruendo de los cañones, ni el presagio terrible del estallido brutal de los modernos instrumentos de destrucción. *Cruzada* que es el reconocimiento humilde de nuestra insuficiencia, pero también la expresión de nuestra fe absoluta, de nuestra confianza plena, en la suprema omnipotencia y en la infinita misericordia de Dios.

Como enseñaba el Papa en su primera encíclica, «Dios lo puede todo: al igual que la felicidad y la suerte de los pueblos, tiene también en sus manos los humanos consejos, y dulcemente los inclina adonde El quiere. Para su omnipotencia, aun los obstáculos son medios con que plasmar las cosas y los acontecimientos y dirigir las mentes y el libre albedrío a sus altísimos fines» (8). Tal es la piedra básica en que descansa el llamamiento que nos viene de Roma.

Pero la Cruzada responde con no menor convicción al hecho irrefutable de que los tiempos que vivimos son de una excepcional, extraordinaria gravedad, y que, en consecuencia, requieren soluciones, remedios, extraordinarios también.

«A medida que pasa el tiempo —así empieza el texto de la proclama de la Cruzada—, se ve con mayor claridad la insuficiencia de las fuerzas humanas para remediar las

gravísimas calamidades que oprimen a los hombres. Por eso, el Sumo Pontífice invita a todos los cristianos a que se conviertan sinceramente a Dios en el Año Santo y a que imploren la misericordia y el auxilio del Señor, mediante la oración y la penitencia» (9).

* * *

Este llamamiento del Papa no constituye, ciertamente, ninguna novedad. Como recuerda un comentario autorizado, «en las grandes calamidades de nuestros tiempos, el Sumo Pontífice ha invitado repetidamente a los fieles a la oración y a la penitencia» (10).

Así, en el primer mensaje de Navidad de la postguerra, señalaba el Vicario de Cristo la única política realista capaz de conducir a los pueblos por el camino de la justicia y de la paz. «Frente a este innegable estado de cosas, sólo queda una solución: la vuelta a Dios y al orden establecido por Dios. Cuanto más se levantan los velos sobre el surgir y crecer de las fuerzas que han desencadenado la guerra, tanto más claramente se ve que eran ellas las herederas, portadoras y continuadoras de los errores, de los que un elemento esencial era la despreocupación, la subversión, la negación y el desprecio al pensamiento y a los principios cristianos. Si, pues, aquí está la raíz del mal, sólo queda un remedio: volver al orden puesto por Dios en las relaciones entre Estados y pueblos y volver a un verdadero cristianismo en el Estado y entre los Estados. No se diga que ésta no es política realista. La experiencia había debido enseñar a todos que la política orientada hacia las eternas verdades y las leyes de Dios es la más real y concreta de todas las políticas» (11).

Y en un mensaje anterior, había ya el Papa mostrado al pueblo cristiano la necesidad de una actuación decisiva, con aquel mismo espíritu que un día levantó a Europa entera para rescatar el Sepulcro de nuestro divino Redentor.

«No lamentos, sino acción —afirmaba el Pontífice—, es el precepto de la hora presente; no lamentos sobre lo que es o lo que fué, sino reconstrucción de lo que surgirá y debe surgir para bien de la sociedad. Conciérneme a los mejores y más selectos miembros de la Cristiandad, penetrados de un sentimiento de CRUZADOS, el reunirse en espíritu de verdad, de justicia y de amor al grito de ¡Dios lo quiere!, prestos a servir, a sacrificarse, como los antiguos CRUZADOS. Si entonces se trataba de la liberación de la tierra santificada por la vida del Verbo de Dios Encarnado, hoy se trata, si podemos expresarnos así, de una nueva travesía, superando el mal de los errores del día y del tiempo, para libertar la tierra santa espiritual, destinada a ser la base del fundamento de las normas y leyes inmutables para las construcciones sociales, de interna y sólida consistencia» (12).

Esta repetida invitación del Soberano Pontífice no fué escuchada por todos los fieles cristianos, al menos con aquella entrega plena, con aquel entusiasmo que ha de caracterizar a todo buen cruzado, y, en consecuencia, el comentario anteriormente aludido puede afirmar que, ciertamente, «muchos oyeron la voz del Vicario de Cristo; pero son más los que todavía no conocen la gravedad de la hora presente, ni la necesidad de la oración» (13).

Por esta razón fundamental, el Apostolado de la Oración ha recogido las persistentes exhortaciones del Santo Padre y ha promovido esa esperanzadora CRUZADA DE ORACIÓN Y PENITENCIA, esa Cruzada «necesaria y santa» (14).

Han fallado todos los recursos humanos. Los peligros aumentan cada día en extensión e intensidad. ¿Es que cabe

(9) Cruzada internacional de Oración y Penitencia. Véase CRISTIANDAD, núm. 138.

(10) Comentarios a la Proclama de la Cruzada. Véase CRISTIANDAD, núm. cit.

(11) Pío XII. Mensaje de Navidad de 1945.

(12) Pío XII. Mensaje de Navidad de 1942.

(13) Comentarios a la Proclama de la Cruzada. Véase CRISTIANDAD, núm. cit.

(14) Pío XII. Mensaje cit.

(7) Mensaje cit.

(8) Pío XII. Encíclica *Summi Pontificatus*.

otra solución que la movilización del pueblo cristiano en una auténtica Cruzada, en la que se sirva de las armas decisivas —«armas más potentes que el hierro» (15)— de la plegaria humilde y confiada y de la penitencia reparadora?

En una sociedad como la presente, prácticamente atea, entregada por completo a sus concupiscencias y criminales egoísmos, la bandera del odio encuentra fáciles y numerosos adeptos. ¿Podremos levantar a esa sociedad moribunda agitando otra bandera revolucionaria enemiga de la que tremola el materialismo, para atraernos a las masas enfermizas y llevarlas por el sendero fácil de la bienaventuranza terrena al conocimiento de Cristo? Verdaderamente, no puede ser éste el camino.

Si la revolución es egoísmo, los *cruzados* la combatiremos con un espíritu de amplia generosidad, de fraternidad cristiana; si la revolución es afán de bienes caducos, los *cruzados* mostraremos el tesoro inmenso de los valores espirituales, las excelencias perdurables de la vida sobrenatural; si la revolución es violencia, los *cruzados* la venceremos con la mansedumbre; si la revolución es exponente del odio, los *cruzados* inundaremos el mundo del espíritu de caridad, del amor de Cristo; si la revolución es la síntesis de la persecución y del despotismo, los *cruzados* mostraremos a la humanidad aterrada, el Corazón dulcísimo de Jesús, arca segura de salvación en la tempestad desencadenada que nos azota y nos agobia.

¡Solamente la caridad, de la que el Sagrado Corazón es fuente viva, puede regenerar al mundo y moverlo a reconocer de buen grado su fecundo Reinado de paz y de amor (16).

La oración y la penitencia constituyen los pilares básicos de la nueva Cruzada que ha de acelerar el cumplimiento de las divinas promesas hechas un día a Santa Margarita.

* * *

A mediados del pasado siglo, cuando las sectas redoblaban sus furibundos ataques contra la Iglesia y contra la misma constitución del cuerpo social, cuando los enemigos de Dios conspiraban a una contra la Sede Apostólica, el Papa Pío IX excitaba la piedad de los fieles y les pedía que orasen con fervor y humildad para conseguir la misericordia divina. «Acudan siempre —decía el Papa— con

plena fe a Nuestro Señor Jesucristo, que nos redimió con su sangre; y pidan sin intermisión y con fuerza al Corazón dulcísimo de Jesús, víctima de amor ardentísimo para con los hombres, para que con los lazos de su amor atraiga todas las cosas hacia Sí, y para que todos los hombres, inflamados en su amor, procedan según su corazón, agradando a Dios en todas las cosas y produciendo frutos de toda clase de buenas obras» (17).

Hoy, cuando somos testigos de la actividad redoblada de los secuaces del reino de Satanás, cuando al parecer han desaparecido ya todas las resistencias físicas y morales, el Papa —en la persona de Su Santidad Pío XII— insiste de nuevo y con redoblada admonición a acudir a Quien puede, únicamente, aliviar nuestras angustias y sanar nuestras dolencias.

«Orad, pues —exhorta el Romano Pontífice desde su primera Encíclica al mundo cristiano—, orad sin interrupción, orad principalmente cuando ofrecéis el divino sacrificio de amor. Orad vosotros, a quienes la valiente profesión de fe impone hoy duros, penosos y a veces heroicos sacrificios; orad vosotros, miembros pacientes y dolientes de la Iglesia, cuando Jesús viene a consolar y aliviar vuestras penas.

»Y no olvidéis, mediante un verdadero espíritu de mortificación y dignas obras de penitencia, de hacer vuestras plegarias más aceñas a Aquel que levanta a los que caen y anima a los deprimidos, para que El, en su misericordia, abrevie los días de la prueba y se cumplan así las palabras del salmo: «Clamaron al Señor en sus tribulaciones y los libró de sus necesidades» (18).

El Corazón Sacratísimo de Jesús y el Inmaculado Corazón de María son prenda segura de victoria y de paz.

La Iglesia nos llama a la Cruzada y nos invita a luchar con nuestras oraciones, con nuestras reparaciones y con nuestras obras de apostolado, por el triunfo del Reino de Cristo.

Pues como dice el Papa Pío XI, en la Encíclica *Cari-tate Christi compulsi*, «EL CORAZÓN DIVINO DE JESÚS NO PODRÁ DEJAR DE CONMOVERSE A LAS PLEGARIAS Y SACRIFICIOS DE SU IGLESIA, Y ACABARÁ POR DECIR A SU ESPOSA QUE GIME A SUS DIVINOS PIES, BAJO EL PESO DE TANTAS PENAS Y DE TANTOS MALES: Grande es tu fe: Hágase como quieres».

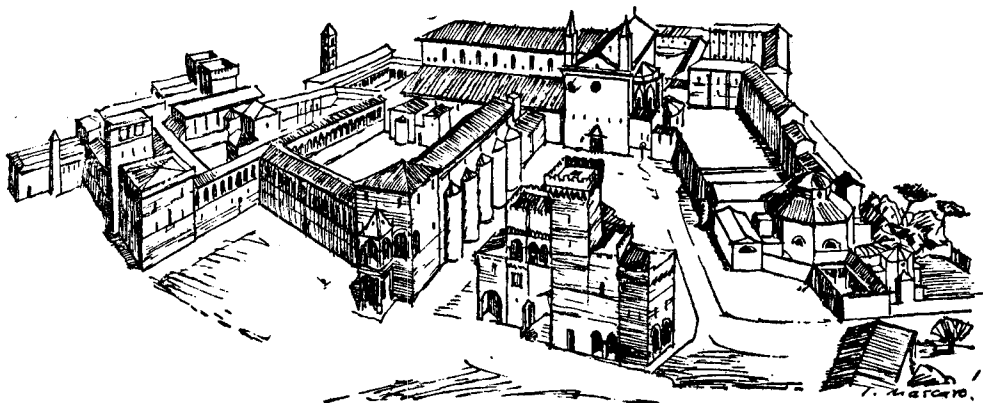
José-Oriol Cuffi Canadell

(15) Pío XII. Mensaje cit.

(16) Véase CRISTIANDAD, núm. 126, pág. 280 y ss.

(17) Pío IX. Encíclica *Quanta cura*.

(18) Pío XII. Encíclica *Summi Pontificatus*.



Letrán en el siglo XVI

Comentario sobre la plegaria de Su Santidad Pío XII con motivo del Año Santo

(CONCLUSION *)

Cuarta petición: *«Da, ¡oh Señor!, la paz a nuestros días, paz a las almas, paz a las familias, paz a la patria, paz entre las naciones. Que el iris de la pacificación y de la reconciliación recubra bajo el arco de su luz serena la tierra santificada por la vida y la pasión de Tu divino Hijo.»*

Es digna de admiración esta petición sobre la paz que, en forma hermosa, Su Santidad, haciendo suya la oración de la Iglesia, desarrolla pidiendo, primero, la paz de las almas, después de las familias y de la patria, y, por último, de las naciones y pueblos entre sí. La paz de las almas es la más fundamental y necesaria, porque si la conciencia de los individuos está turbada y en desorden, mal puede haber paz y tranquilidad en las familias y en la sociedad que ellos forman. Con las conciencias turbadas se ven los caminos de un acuerdo para una paz estable y duradera; pero Dios, que exalta a los humildes y humilla a los soberbios, ante las plegarias fervorosas de millares de personas de todo género y condición, venidas a Roma de todos los lugares del mundo, hará evolucionar los acontecimientos de manera por nosotros desconocida, mas favorable a la impetración que se le dirige, y como afirma con gran fineza Su Santidad: *«el iris de la pacificación y de la reconciliación encubrirá con el arco de su luz serena la tierra santificada por la vida y por la pasión del Hijo divino.»*

TERCERA PARTE

Invocación al Señor a la Virgen y a los santos, humillándose profundamente ante ellos, y petición sintética final

Texto: *«¡Dios de toda consolación! Profunda es nuestra miseria, graves son nuestras culpas, innumerables nuestras necesidades; pero más grande es nuestra confianza en Ti. Conocedores de nuestra indignidad, colocamos filialmente nuestra suerte en tus manos, uniendo nuestras débiles plegarias a la intercesión y a los méritos de la gloriosísima Virgen María y de todos los Santos. Da a los enfermos la resignación y la salud, a los jóvenes la fuerza y la fe, a las niñas la pureza, a los padres la prosperidad y la santidad de la familia, a las madres la eficacia de su misión educadora, a los huérfanos tutela afectuosa, a los prófugos y a los prisioneros la patria, y a todos Tu gracia, en preparación y como prenda de la eterna felicidad en el cielo. Amén.»*

Comentario: Después de haber pedido por los que sufren el martirio más allá de la cortina de hierro levantada por el comunismo, por los que viven en una miseria sin esperanzas a causa de la guerra, porque las naciones se reorganicen sobre sólidas bases de justicia social y caridad cristiana y porque la paz reine en todo el mundo, la oración cambia completamente de giro. Parece que ante peticiones que significan una transformación tan total de todo lo existente, el suplicante imaginase que pide demasiado y que Dios pudiese no oírle. ¿Qué somos nosotros para investigar los designios del Señor? ¿No querrá El que su Iglesia siga apurando hasta las heces este cáliz de amargura? Una desolación inmensa cubre el espíritu y la voz del que ora en días tan aciagos; es voz que clama en el desierto. Pero no; la oración humilde atraviesa las nubes, y si en ella se invoca la intercesión de María Santí-

sima y de los Santos que como Ella han sufrido por la causa de Dios, ciertamente la plegaria será oída; por eso, la súplica va dirigida al Dios de toda consolación apoyada en tan excelsa Medianera.

Concluye la plegaria con una nueva petición llena de delicadeza y de ternura, en la cual, bajo diversa forma, en cierto modo se repiten las peticiones anteriores y se concretan algunas otras: *«Da, dice, a los enfermos la resignación y la salud»*, petición nueva que Su Santidad ha complementado pidiéndoles por la radio que ofrezcan sus sufrimientos y dolores, como fuerza de expiación, para el éxito del Año Santo. A continuación, vienen súplicas que afectan a la estabilidad social y a la vida religiosa de la familia, tema que Su Santidad tiene en las telas de su corazón.

Por último, la plegaria recuerda a los prófugos y a los prisioneros de guerra, pidiéndole al Señor que les dé la patria deseada. La tiranía ha hecho millares de prófugos que vagan en tierras extrañas sufriendo la miseria y comiendo el pan amargo del destierro. La vida de cada prófugo es una tragedia en acto: un hogar desgarrado, una mujer que sufre y muchos hijos que lloran sin la tutela amorosa del que les dió la vida. La guerra ha formado ejércitos de prisioneros; y, aunque ya esté concluida, los prisioneros siguen en celdas húmedas y malolientes o en campos de concentración como prenda sangrienta de represalia. Estos abusos claman al cielo y manifiestan absoluta falta de piedad, odio y rencor colectivos, propios de los estados de barbarie. Su Santidad ve en cada prófugo y en cada prisionero un hijo de sus entrañas que carga una cruz dolorosa sin tener la virtud del Divino Maestro; y pide por todos ellos y hace que se eleven fervorosas súplicas para que vuelvan pronto al hogar que abandonaron, a la patria lejana cuyo recuerdo tiene la dulzura de la miel y la suavidad de la flor.

Por último, en la oración del Año Santo se pide para todos *«la Gracia como prenda y preparación de la eterna felicidad del cielo»*. Del conjunto de bienes que el hombre puede adquirir sobre la tierra, ninguno más desconocido ni mayor que ésta. Ni las riquezas, ni los altos honores, ni la salud y la vida larga y venturosa, pueden compararse, porque ella trae consigo la habitación de la Trinidad divina en las entrañas del alma, elevando a la vida sobrenatural; y da derecho, porque es su incoación, a la visión beatífica del cielo. Sin ella no hay felicidad eterna; con ella, los dolores, las contrariedades, las angustias y las vicisitudes de esta tierra son males efímeros del tiempo, que pasan, sin otra significación, cuando se tiene virtud, que el aumento de la gracia misma y el asemejarnos a Cristo, que es el Único que puede darnos la verdadera vida.

CONCLUSION

El significado profundo y verdadero del Año Santo con sus objetivos y finalidades, tanto inmediatas como lejanas, ha sido indicado por Su Santidad Pío XII en forma clarísima a través de la plegaria hermosísima redactada por sus propias manos, y desea oír la recitada por los peregrinos que vengan a Roma, cuando visiten las basílicas, centro del catolicismo mundial, y reciban su Bendición Apostólica. El espíritu, pues, con que deben hacer el viaje a los lugares santos no es de curiosidad ni de turismo, ni de estudio artístico o arqueológico, sino de cruzados de una

(*) Véase CRISTIANDAD, núm. 144, pág. 149

LA DEFUNCION DE PALESTINA

Por Fr. LEON, Obispo de Teruel

Palestina, oficialmente, ha dejado de existir. Saben todos que la Palestina ha sido dividida en dos partes. La mayor, que comprende la Galilea, todo el litoral desde San Juan de Acre (Tolemada) hasta Gaza, parte de la Judea occidental y el desierto del Negheb al sur, es de los judíos, y se llama Israel. La menor, es decir, la Samaria y la Judea en su mayor parte, con la región de Gaza al mar, es de los árabes; su nombre, Jordania occidental. La ex Palestina se ha convertido en dos Estados: el de Israel y el de Jordania.

Según esta división, en el Estado de Israel se encuentran los siguientes santuarios: Jafa, Ainkarim, Nazaret, Caná, Naim, Tabor, Mágdala, el Monte de las Bienaventuranzas, Cafarnaum. En la Jordania occidental: el Santo Sepulcro con los santuarios de la Jerusalén vieja, Getsemani, Monte Olivete, Betania, Betfagé, Belén, Hebrón, Jericó, Emaús, Betel, Silo, Pozo de la Samaritana, Naplusa y Sebasté.

La zona internacional, según la votación de la O. N. U., comprende Jerusalén, pero de hecho está aún controlada por los árabes al Este y los judíos al Oeste.

Por lo pronto, ya lo sabemos, si hemos de enviar una carta, un donativo, cualquier otra cosa, por ejemplo, a Nazaret, ya no podemos decir «Palestina», sino Israel, y si lo enviamos a Belén, Jordania.

Pero esto con ser mucho (la desaparición del nombre secular de Palestina), lo peor para el mundo cristiano es que la suerte de los Santos Lugares han quedado bajo el control unos de los judíos, otros de los árabes. En efecto, mientras no se lleve a la realidad la justa sugerencia del Santo Padre de un estatuto jurídico internacional que salvaguarde los derechos seculares de la Cristiandad sobre los mismos, sus indiscutibles derechos sobre los Santos Lugares visitados por miles de peregrinos, sus instituciones benéficas, religiosas y culturales, la misma población cristiana indígena, estarán a merced de los gobernantes de ambos Estados; del de Israel y de la Jordania, respectivamente.

Su Santidad Benedicto XV, el 13 de junio de 1921, dijo en Consistorio: «La situación creada a los cristianos en Tierra Santa ha empeorado por las nuevas disposiciones promulgadas para instalar allí a los judíos y por los esfuerzos intensos que muchos agentes realizan para anular el carácter sagrado de los Lugares Santos.» ¿Qué se puede decir ahora que ya es un hecho el establecimiento del Hogar Nacional Judío en la ex Palestina?

Hasta hace poco, el famoso *statu quo*, aunque absurdo e injusto, mantenía los derechos, legítimos o usurpados, de los católicos y cristianos cismáticos y regulaba los cultos de los Santos Lugares; pero en la situación actual, si no se establece el estatuto jurídico internacional, ¿quién vigilará la observancia del *statu quo*?

La Iglesia Católica, ajena como siempre a inmiscuirse en cuestiones meramente políticas, no se ha pronunciado en el asunto de la división de Palestina entre árabes y judíos, pero sí ha repetido una y mil veces que se respeten los derechos e intereses de los cristianos sobre los Santos Lugares.

Cuando el corifeo sionista Nahum Sokolov, en audiencia con Benedicto XV, le presentó el Hogar Nacional Judío, la contestación del Santo Padre fué: «Si se respetan los intereses católicos y en particular los Santos Lugares, no nos opondríamos al restablecimiento de los judíos en Palestina.»

Consumado el hecho de la división de Palestina en dos Estados: Israel y Jordania, vengan la internacionalización de Jerusalén y el estatuto jurídico internacional que salvaguarde los seculares derechos de la cristiandad. Con el Santo Padre lo deseamos y lo pedimos todos los cristianos. Pero que sean reales y efectivos. ¿Lo serán? Mucho lo dudamos.

Como quiere Su Santidad Pío XII, continuemos rogando por la paz de Palestina y la conservación de los Santos Lugares.

(De *Lucha*, Teruel, núm. 2550, pág. 1.ª y 4.ª)

fe que es necesario renovar y vivificar siempre más con la santidad de la vida; es espíritu de penitencia de los propios pecados y de resolución enérgica de enmendarse; es sentimiento de pena ante el doloroso martirio de los que sufren persecuciones por la fe; es aspiración a renovar la vida no sólo familiar, sino social, en el cumplimiento exacto de los deberes morales del momento; y es un ansia de paz y de armonía social y de cooperación generosa en pro del bien común. Con estos sentimientos, que la oración refleja maravillosamente, el Año Santo será verdaderamente santo. Las calles de Roma estarán llenas de peregrinos que no buscarán las distracciones fáciles, sino las iglesias donde se veneran los grandes mártires de la cristiandad, el Coliseo, donde dieron prueba de su fortaleza, y las catacumbas, donde se refugiaron no por falta de fe, sino para fortalecer la humana flaqueza. La gran Basílica

de San Pedro, con la majestuosidad de su cúpula, con los brazos abiertos de su gran plaza, acogerá a los peregrinos de todas las partes del mundo, de todas lenguas y de todas razas formadas bajo el sol, y dentro de ella, el Sumo Pontífice, vestido de blanco, símbolo de la paz, bendecirá a todos y dará testimonio público y elocuente de la unidad de la Iglesia Católica, en un mismo dogma, en una misma moral y en una misma liturgia. Los ojos mirarán extasiados tanta magnificencia; los oídos sentirán cánticos divinos, y en el fondo del alma llorarán las conciencias sus propias culpas y sentirán renacer con nuevo vigor el amor hacia Cristo Jesús. Y al regresar, después de duras y largas jornadas, los peregrinos llevarán el recuerdo de la blanca y celeste visión del Príncipe de la Paz que bendecía con los brazos abiertos en cruz y se dirán los unos a los otros: «Verdaderamente aquélla era la casa de Dios.»

Guillermo Viviani Contreras

DE ACTUALIDAD

Aniversario de la trágica muerte de Monseñor Tiso El judaísmo se manifiesta contra la República alemana occidental

Aniversario de la trágica muerte de Monseñor Tiso

El día 18 del presente mes se cumple el tercer aniversario de la muerte del sacerdote ejemplar y gran patriota Monseñor José Tiso, ajusticiado a garrote vil por orden de un llamado tribunal y con la complicidad del gobierno prosoviético de Checoslovaquia.

Monseñor Tiso, campeón esforzado de la libertad del pueblo eslovaco, había ocupado el más alto cargo en la dirección política de su nación, después que ésta consiguió su independencia al crearse el Protectorado alemán de Bohemia y Moravia.

La conquista de la libertad de Eslovaquia, después de muchos años de persecuciones y penalidades sufridas por su católico pueblo, había merecido la severa repulsa por parte de los dirigentes masónicos de Praga, quienes, después de la victoria de los aliados en la primera guerra mundial, se negaron sistemáticamente a situar a los eslovacos en un plano de absoluta igualdad con los checos, no obstante las promesas hechas con anterioridad a aquéllos para lograr su colaboración en orden a la instauración del nuevo Estado.

Monseñor Tiso pagó con la vida la recuperación de la libertad de su patria, en circunstancias muy trágicas y después de haber podido escapar, por muy poco tiempo, de las manos de las tropas soviéticas.

Cuando los ejércitos rojos penetraron en Eslovaquia, Monseñor Tiso se retiró hacia el oeste, refugiándose en Baviera, en donde se encontraba en el momento en que los soldados norteamericanos ocuparon esta región. Detenido inmediatamente por los yanquis, fué reclamado como «criminal de guerra» por los satélites de Eduardo Benes, para ser juzgado por los nuevos amos de su país. El Alto Mando norteamericano, en plena colaboración con los elementos comunistas, denegó el derecho de asilo al ilustre prelado y lo entregó indefenso a sus verdugos. Esto ocurría en el mes de junio de 1945.

Cerca de dos años, Monseñor Tiso estuvo encarcelado, ya que los políticos de Praga esperaban terminar previamente con la resistencia de los eslovacos para llevar adelante los inicuos propósitos de Benes y de su camarilla. Entretanto, Eslovaquia entera no cesó de reclamar la libertad de su caudillo.

Lograda con el terror y la dispersión la sujeción de Eslovaquia, comenzó la trágica farsa que terminó con la sentencia que había de llevar al patíbulo al eminente sacerdote.

El presidente de la República checoslovaca señor Benes rechazó las peticiones de indulto que le fueron dirigidas.

Monseñor Tiso pasó las últimas horas de su existencia terrena en continua oración, y subió al cadalso con gran tranquilidad de espíritu. Siete minutos después de su ejecución —según las informaciones que nos dió entonces la prensa—, el cadáver fué recogido del patíbulo. Un rosario se desprendió de sus dedos inertes.

L'Osservatore Romano correspondiente al día 20 de abril de 1947, publicó el siguiente comentario: «Voces autorizadas habían expresado, dentro y fuera de Eslovaquia, la esperanza de que si el expresidente era condenado a muerte, la ejecución de la sentencia no se llevaría a cabo. Si esta ejecución es un justo castigo, como se dice en alguna parte, o se trata de una venganza política, como aseguran otros, una cosa es indiscutiblemente cierta: un acto de clemencia hubiera contribuido a la unión espiritual entre checos y eslovacos. Mientras los pueblos están cansados de guerra, de odio, de divisiones, esta ejecución viene a comprometer, en el ámbito de la República checoslovaca, una gran posibilidad en orden a la pacificación de los espíritus. Triste cosa es la fecundidad del odio, ya que los que se sienten ofendidos tienden a devolver, multiplicándolo, el mal recibido. Solamente Jesucristo y su divina caridad pueden apagar el siniestro incendio. La circunstancia, además, de que no haya merecido ningún respeto el carácter sacerdotal —siempre sagrado, aunque fuese culpable—, no puede menos que ocasionar profundo dolor en todos los fieles.»

El judaísmo se manifiesta contra la República alemana occidental

Según noticias de Nueva York, los miembros del Congreso Judío Mundial, después de aprobar una resolución en la que manifiestan su repulsa contra la creación de la República alemana de Bonn, se han dirigido al Departamento de Estado norteamericano, acusando a los partidos de la Alemania occidental de desarrollar actividades contrarias a los intereses de la verdadera democracia. Califican de «auténtico escándalo» la política de «desnacificación» y afirman que la prensa alemana se halla controlada por elementos patriotas antijudíos, personas desplazadas y anti-norteamericanos.

El director de dicho Congreso, el judío Robert Marcus, ha manifestado por su parte que un gran porcentaje de puestos en el gobierno alemán de las zonas occidentales de Alemania, están controlados por exdirigentes nacionalsocialistas y simpatizantes, añadiendo que los judíos son objeto de nuevas persecuciones raciales en dicho país.

Al parecer, el Congreso Judío no ha aludido a la instauración, por iniciativa soviética, de un gobierno comunista en la zona oriental alemana, ni a las pretendidas persecuciones antijudías en la U. R. S. S.

J. O. C.

CON CENSURA ECLESIASTICA

INASA
Inmuebles y Aprovechamientos Hidráulicos, S. A.



San Francisco, 14, pral., 1.º
TARRAGONA



*Visite las Cuevas
de Artá*

Martín Oliva

SOCIEDAD ANÓNIMA

Tejidos Algodón



Bailén, 68
Teléfono 25 05 87

BARCELONA

**PUBLICACIONES
CRISTIANDAD**

OBRAS PUBLICADAS:

Unidad católica y tolerancia de cultos

Carta Pastoral
del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo
de Barcelona

(Agotada)

Hacia el Cuarto Año Jubilar

10 pesetas

Catolicismo o barbarie

por José-Oriol Cuffí Canadell

35 pesetas

Al Reino de Cristo

por la devoción a su Sagrado Corazón

Documentos Pontificios
Texto castellano

30 pesetas

Edición latino-castellana

45 pesetas

EN PRENSA:

Sor María del Divino Corazón

EDITORIAL

LIBRERIA

HERDER

Balmes, 26

BARCELONA (7)

Servicio de publicaciones nacionales y extranjeras

- Annuario Pontificio per l'anno 1950, tela. 145' - Ptas.
- CARD. CEREJEIRA. - La Iglesia y el pensamiento contemporáneo 30' - >
- MARQUEZ S. J. - Filosofía del Derecho, 1949 40' - >
- MIHALOVICS. - Yo soy testigo. La «causa» del Cardenal Mindszenty 28' - >
- ORTIZ M. A. - Un periodista da la vuelta al mundo, 1950 50' - >
- SAEZ. - Lecciones esquemáticas de Acción Católica 40' - >
- SÁNCHEZ G., C. SS. R. - Vida del Padre Grote. Apóstol social cristiano 28' - >
- SCHUBART. - Europa y el alma del Oriente 22' - >
- SCHÜTZ SCH. P. - Dios en la historia, 1950 26' - >
- WIRTZ. - «El gran escándalo». Cristo y nosotros los cristianos 26' - >
- ZARAGUETA. - El concepto católico de la vida según el Cardenal Mercier. 25' - >
- Derecho constitucional de la A. Católica, por J. Sabater March, 1950. 35' - >
- CARD. RUFFINI. - La teoria dell'evoluzione secondo la Scienza e la Fede, Roma 1949 95. - >



Ofrecemos catálogos a quien los solicite, rogando se refieran en lo posible a la Revista CRISTIANDAD

Juan Plans Solá

FABRICA DE TEJIDOS
DE LANA Y ESTAMBRE



Calle Turull, 1

SABADELL

Teléfono 2213

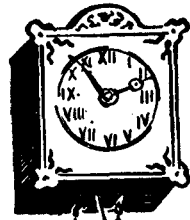
Chocolates y Bombones

“PINAR”

FABRICADO POR
LUDOMAR, S. L.

Llegó la hora...

de
**COMBATIR
LA POLILLA
MOSCAS
MOSQUITOS
ETC.**



Recuerden
INSECTICIDAS



DDT de ACCION RAPIDA y DURADERA

Fábrica de Joyería y Platería

Hijo de A. Oriol, S. A.

Casa fundada en el año 1854



Paseo de Gracia, 7, pral.
Teléfono 21 92 12
BARCELONA

EL TIBIDABO

Organo bimensual del
TEMPLO NACIONAL EXPIATORIO
en la cumbre del Tibidabo

EPOCA II

Suscripción anual

- Suscripción ordinaria 12' - ptas.
> de colaborador 30' - >
> de bienhechor 100' - >

Redacción y Administración: Paseo Dom Bosco, 74
BARCELONA (8)